EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

DALILA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS.

Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1857.

TA DELEGADA
DEL
ORO ARTÍSTICO

os depositados en la
oteca Nacional

Procedencia
LORRAS.

o de la procedencia
1991

DALILA.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/daliladramaentre00feui

DALILA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS

ESCRITO EN FRANCES

POR

OCTAVIO FEUILLET.

Y ACOMODADO A LA ESCENA ESPAÑOLA.

Representado por primera vez en Madrid, en el teatro del Príncipe el 24 de octubre de 1857.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1857.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANDRES ROSWEIN, compositor y poeta.....	D. Manuel Ossorio.
EL CABALLERO CARNIOLI, rico melomano.....	D. Fernando Ossorio.
SERTORIO, profesor de contrapunto.....	D. Antonio Pizarroso.
EL PRINCIPE KALISCH.....	D. José Olona.
EL MARQUES DE SORA....	D. Joaquin Manini.
LEONORA, princesa Falconeiri.....	D.ª Josefa Palma.
MARTA, hija de Sertorio.....	D.ª Matilde Bagá.
MARIA, doncella de Leonora.	D.ª Josefa Ossorio.
JULIA, marquesa Narni.....	D.ª Isabel Sàbater.
LADY WILSON.....	D.ª Francisca Tutor.
GERTRUDIS.....	D.ª Teresa Lopez.
Criados.	

La accion pasa en Nápoles en la época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á *D. Prudencio de Regoyos*, como dueño que es de la Galeria Dramática ¡El Museo Literario, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título ó represente en cualquiera de los teatros de España y sus posesiones de Ultramar, con arreglo á lo dispuesto en la ley de propiedad literaria y decreto orgánico de teatros hoy vigentes.

ACTO PRIMERO.

La casa de Sertorio. Una sala adornada con sencillez. Un violoncelo y algunos jarros de flores puestos á los lados: en el fondo un balcon, por el que se descubre el mar, alumbrado por el sol en el ocaso. Gertrudis, criada anciana, acaba de quitar la mesa y sale.

ESCENA PRIMERA.

SERTORIO *sentado en una butaca, cerca del balcon, á la izquierda:* MARTA, *haciendo labor á su lado, sentada en un banquillo.*

SERT. No dices nada, hija mia.

MARTA. No; temo interrumpir vuestra plácida meditacion... el niño que duerme en la cuna no es mas feliz que vos en este instante, padre mio... ¡Qué noche tan hermosa, qué cuadro tan encantador!

SERT. Es verdad: obré cuerdamente al comprar esta casa modesta, levantada sobre las ruinas del palacio de Lúculo. Aqui, en este mismo sitio, aquel pagano sensual, consagró su templo á la Fortuna, y yo tambien en el fondo de mi corazon hago lo mismo. ¿Cómo quieres, pues, que no sea dichoso?... Tengo sesenta años y la salud de un atleta... estás conmigo, hija mia, y ante mis ojos veo los mas hermosos panoramas del mundo: Nápoles y su golfo, Mesina, Sorrento, ¡el Vesubio!... Estos nombres

725261

y estos recuerdos, alumbrados por los últimos resplandores del dia, cautivan mis ojos y mi mente... Por todo ello doy gracias con religiosa humildad á Dios bondadoso, á quien debo esta vejez tranquila. (*Se levanta y alza la vista al cielo.*)

MARTA. (*Levantándose.*) Sois ademas un grande artista, padre mio: tambien por eso debeis gracias á Dios.

SERT. Marta, te suplico que nunca añadas á mi nombre ese título vulgar de artista... ya sabes que le odio y le desprecio... Y sin embargo, no lo niego, he podido ser lo que se entiende en el mundo por un grande artista... poseia algunas facultades... el dios de la armonia fué propicio á mi nacimiento... pero ya sabes que mi maldita timidez lo echaba á perder todo delante del público... Por esta razon el viejo Sertorio no es mas que un pobre profesor de contrapunto, oscuro y desdeñado... (*Se sienta.*)

MARTA. ¡Desdeñado!... no, padre mio: muchas veces he oido decir al caballero Carnioli que os tiene por el primer instrumentista en el violonchelo y por el primer compositor de nuestra época.

SERT. ¿Eso dice Carnioli?... Carnioli es un calavera, un loco, y ademas un hombre de malas costumbres... Sin embargo, fuerza es confesarlo, reconocer sus buenas cualidades... entiende mucho de música; pero de eso á ser yo el primero en el violonchelo... vamos, se conoce que monseñor Carnioli no ha oido á Batta. Y en cuanto á mí, como no haya sido en mis paseos solitarios por entre los árboles y en casa de alguno de mis discípulos... ¡Me alegraria saber su opinion sobre mi canto del Calvario!

MARTA. ¡Se quedaria asombrado! ¿Y cuándo podré yo oir ese famoso canto del Calvario?

SERT. La noche de tus bodas, querida Marta, ya te lo he prometido... ¡Ah! ¡qué momento hemos de pasar!... Mucho me equivoco, ó han de llorar á lágrima viva en esa noche.

MARTA. (*Dando algunos pasos con cierto aire de tristeza.*) ¿Y no lo oiré si no me caso?

SERT. (*Levantándose.*) ¿Si no te casas? ¿Qué dices, hija mia? ¿Por qué no te has de casar? Pues no faltaba otra cosa!.. Eres bonita...

MARTA. ¡Padre!

SERT. Si, eres bonita, aunque tienes un airecillo demasiado grave para tu edad... y en cuanto á cualidades morales, llevarás al hogar doméstico los tesoros de todas las virtudes... Y si á todo esto añadimos mis trescientos escudos de renta, el producto anual de mis lecciones, y esta casa, que será propiedad tuya desde el dia en que te cases...

MARTA. ¡Padre mio!

SERT. Ya .. comprendo... me reservarás un rinconcito para mí... porque... ¿qué haria yo sin tí?... morirme de angustia, de tédio... Tú eres el sol que todo lo alumbra á mi alrededor; tú eres la vida de mi vida. (*La besa.*) Vamos, vamos, dime de buena fé: ¿qué te falta para casarte?

MARTA. Padre mio, me quereis tanto, que os mostrais demasiado escrupuloso... demasiado ambicioso...

SERT. ¡Ambicioso! ¡justo cielo! Tengo, hija mia, tal confianza en tí, que de antemano apruebo tu gusto en la eleccion de marido.

MARTA. (*Con intencion.*) ¿De veras me dejais la eleccion?

SERT. Seguramente... El primer jóven que te agrade... ese será mi hijo.

MARTA. (*Con intencion.*) ¿El primer jóven que me agrade?

SERT. Si, hija mia, el primero que sea de tu gusto... (*Con fuerza.*) siempre que no pertenezca á la raza detestable de los artistas... pues ante todo quiero que seas dichosa... y desafio yo á la mas pintada á que sea feliz con uno de esos señores... ¡Oh! yo los conozco... Pero fuera del gremio de los artistas, tienes libertad para escoger... Y ya que hablamos del asunto, hija mia, confiesa la verdad: ¿no tienes nada que decirme?

MARTA. No tengo nada que deciros, padre mio.

SERT. ¡Ah!

MARTA. (*Separándose á la derecha.*) Dejemos esta conversacion.

SERT. (*Ap.*) ¡Es tan niña! Tiene razon.

MARTA. (*Con un periódico en la mano.*) Padre mio, ¿no habeis extrañado que no haya venido á vernos Andrés Roswein?

SERT. No por cierto... ¿Has olvidado por ventura que anda á vueltas con su ópera?... ¡La batahola de los ensayos!... Poeta y compositor á la vez! ya tiene mas que suficien-

te para devanarse los sesos y volverse loco, si llega á descuidarse.

MARTA. No habeis leido este periódico segun eso... La ópera de Roswein está anunciada para esta noche.

SERT. ¡Para esta noche! Es imposible, hija mia!

MARTA. Y os confieso que haberse olvidado de nosotros hasta ese punto... ¡Me parece tan singular el descuido! No haber mandado ni un billete, cuando sois su maestro... Mirad... (*Le entrega el periódico.*)

SERT. (*Con agitacion. Lee.*) «Hoy 15 de abril.» Efectivamente, esta noche! «Primera representacion de la *Conquista de Granada*, ópera en tres actos, cuyo libreto y música se atribuyen al jóven maestro dálmata Andrés Roswein.» ¡Si!... «La presencia de la córte aumentará el brillo de esta solemnidad...» Si va la córte... ¿para que necesita de nosotros?... «Todo el mundo sabe que el jóven maestro, ya conocido en Nápoles por otras muchas composiciones de mérito, es el discípulo favorito del viejo Sertorio.» ¡Ah! si, el viejo Sertorio... gran aliciente para un anuncio... ¡Mi discípulo favorito!... no hay duda... y agradecido, eso se cae de su peso. (*Arroja el periódico con enfado.*)

MARTA. ¡Padre mio!...

SERT. ¡Perdóname, hija querida! ¡Me has visto devorar en silencio y con la risa en los labios muchas ingratitudes!... ¡pero esta me es tan dolorosa, como si el golpe me viniera de la mano de un hijo!

MARTA. ¿Quién sabe si estará enfermo?

SERT. (*Alejándose.*) ¡Enfermo! Si... ¡Reconozco el mal! Enfermedad epidémica para la que no hay remedio conocido... ¡La ingratitud!... Marta, una especie de maldicion pesa sobre este nombre de artista... que hoy se otorga á tantos que no lo merecen! (*Acercándose.*) ¡Roswein! ¡nadie mas que él lleva en el rostro la expresion de un alma elevada y leal!... Pues bien; apenas ha dado cuatro pasos en su fatal carrera, y ya la traicion refleja en su frente... ¡Desprecia á su viejo maestro!... ¡al padre de su inteligencia!... Si, si; era preciso que en la primera página de su vida de artista inscribiese una accion indigna, un rasgo de miserable orgullo... No me sorprende su conducta; tenia que hacer lo que hacen todos... (*Se sienta; Marta le toma las manos y le*

besa en la frente. Se oye una campana á lo lejos. Sertorio continua despues de una pausa.) ¿Qué hora es, hija?

MARTA. (*Asomándose al balcon.*) Tocan á la oracion en las monjas.

SERT. ¡La oracion! ¡Tan tarde ya!... de positivo no vendrá... nada podemos esperar de él... ni hoy ni nunca... es un ingrato!... (*Roswein se presenta en la puerta de la derecha á las primeras campanadas, y se acerca lentamente.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS, ROSWEIN.

ROS. (*Dándole un abrazo.*) ¿Quién es un ingrato, quién?... ¡Dios mio, qué hombre este!

SERT. ¡Con tiento, con tiento, que me ahogas!... Me alegro de verte... tu visita me causa un gran placer... Pero como ese periódico, ese diablo de periódico anuncia para esta noche...

ROS. Y anuncia la verdad. (*Saluda á Marta.*)

SERT. En ese caso puedes presumirte que era tan grande mi impaciencia...

ROS. Querido maestro: habria podido enviaros un palco esta mañana... pero queria traerle yo mismo, queria abrazaros por última vez antes del combate... y en cuanto me he visto libre un momento he corrido á cumplir con mis deberes.

SERT. Bien, bien, hijo mio; hice mal en quejarme... ¿Pero de veras es esta noche?

ROS. (*Riendo.*) Y tan de veras.

SERT. (*Restregándose las manos con alegria.*) ¡Diantre!... ¿Y te ries de una cosa tan séria?... ¡Marta, pues no se está riendo!... Estos jóvenes del dia son capaces de soltar la carcajada á la boca del cañon... Sin embargo, dime, Andrés, con franqueza, ¿no te late el corazon?

ROS. Me encuentro en una situacion que no puedo explicarme... Oigo mis pasos como si anduviera bajo una bóveda sonora. He pasado las tres últimas noches corrigiendo mi sinfonia... y no obstante, el sueño huye de mí y me parece que ya no necesitaré dormir en toda mi vida. Me siento ligero como un pájaro, y á fé mia deberia echar á volar, pues tengo un miedo solemne.

SERT. ¿Y qué tal, vamos... estás satisfecho de la ejecucion?... El tenor, la prima donna, la orquesta... ¿marcha todo bien?

ROS. La orquesta admirablemente; no la dirijo yo, maestro; el tenor, en ciertas piezas, magnífico... verbi gracia, en el canto de Boabdil al fin del tercer acto... En cuanto á la prima donna tiene el talento de un inglés para la música... pero su voz de contralto no es mala y á fuerza de machacar creo que podrá salir adelante.

SERT. ¿Oyes lo que dice, Marta?... Machaca á las cantatrices para que salgan adelante... ¿Y cómo te gobiernas, hijo mio? En mi tiempo, el poner á una prima donna en buen camino era una obra de romanos... Cuando yo quise dedicarme al teatro... si, si, me acuerdo bien... no pude nunca entenderme con esas criaturas... y asi fué que acabé por tenerlas miedo...

ROS. Lo que me da mucho miedo á mí, querido maestro, es vuestra opinion... si, la temo aun mas que la del público: ¿por qué no habeis querido venir á un ensayo?

SERT. Amigo mio, me empeñé en poder decir con frente erguida que no conocia ni una sola nota de tu ópera; asi nadie tendrá derecho para mezclar mi nombre con el tuyo diciendo: «Sertorio por aqui, Sertorio por allá,» lo cual habria destruido tu corona de gloria.

ROS. Dios quiera que la alcance, pues si me hundo esta noche soy un hombre perdido. (*Mira á Marta.*)

SERT. Vamos, Andrés, ánimo; no hay que acobardarse, hijo mio; nadie muere de un percance de esos... el ejemplo soy yo... ¡Ah! ¡qué fiasco el mio!... nunca podrás hundirte con tanto estrépito... Ya recordarás... era mi primero y último concierto en Viena... La córte estaba alli... yo tambien tuve la córte... pero mi infernal timidez nerviosa hubo de paralizarme de tal modo, que no pude arrancar un sonido á mi instrumento... Alli me quedé petrificado... hecho una estátua... como la mujer de Lot... ¡Qué silbidos!... ¡qué escándalo!... ¡Me sacaron de las tablas desmayado!

MARTA. (*Levantándose.*) ¿Y contais ese lance para infundirle valor?

SERT. Pues ya lo creo, para que el fuego no le asuste. Vamos, vamos, (*Moviéndole.*) ánimo. ¿Y á qué hora se principia?

ROS. A las nueve... teneis hora y media aun... Tomad el palco... No os olvideis de Gertrudis; hay un asiento para ella.

SERT. ¿Te has acordado de la pobre Gertrudis? ¿Oyes, Marta? ¡Se ha acordado de la pobre Gertrudis!... bien, hijo... ¿Conque á las nueve?

ROS. En punto: á la puerta hay un coche del que podeis disponer... Yo quisiera esperar aqui al caballero Carnioli, que ha ido á llevar otro palco á una señora de la vecindad, la princesa... no sé cómo se llama.

SERT. Y dime, ¿qué tal se ha portado Carnioli en esta ocasion?...

ROS. (*Riendo.*) Divinamente... Ha pasado las tres últimas noches en mi cuarto copiando las particellas y haciéndome café, llamándome unas veces su alma y su vida, y otras bribon y tunante; segun el estilo florido y desigual que le caracteriza... Pero á pesar de todo, no puedo olvidar que á no haber sido por él me encontraria aun en mis montañas...

SERT. Eso es cierto; mucho le debes; el sacó el mármol de la cantera... Y luego... entiende de música, y gasta noblemente su riqueza... ¡Mecenas melomano!... desgraciadamente sus costumbres... Dime, ¿habré soñado yo que tenia el nombramiento de embajador en España?

ROS. No es un sueño... esta misma noche saldrá para su destino en cuanto se haya decidido mi suerte.

MARTA. ¿Pero, padre mio, no vais á vestiros?

SERT. Tienes razon, voy... ya vereis... voy á ponerme de veinticinco alfileres, á desplegar un lujo oriental. ¿Mis chorreras de encaje se hallan en buen estado, hija mia?... Si?.. pues mira, anda á vestirte, ponte muy galana, amor mio; yo en dos minutos estoy; quiero hablar á Roswein en secreto. (*Marta sale por la izquierda*)

ESCENA III.

SERTORIO, ROSWEIN.

SERT. (*Haciendo señal á Roswein de que se acerque.*) Hijo mio, cuando un discípulo sale de mis manos me creo en el deber de darle algunos consejos, pero no se los impongo: por esta razon preguntaré si quieres oirme, si quie-

res reconocer en mí, respecto de tí, la autoridad de un anciano y de un amigo.

Ros. La autoridad de un padre, de un padre querido y respetado, maestro Sertorio.

Sert. Siéntate, pues, hijo mio. (*Se sientan á la derecha,*) Andrés... Andrés Roswein, el cielo te ha prodigado sus dones con una munificencia que en mas de una ocasion me llenó de asombro... Te ha hecho músico y poeta, te ha dado la lira y el arpa... para que ciñas á tu frente juvenil dos coronas... reflexiona, hijo mio, que la ingratitud se mide por el beneficio... Solo una manera tienes de cumplir con Dios; te ha dado el genio, dale tú la virtud; te ha hecho grande, no dejes un punto de ser honrado.

Ros. Si, maestro.

Sert. No pierdas de vista la probidad. Y si no te basta el que tu conciencia te lo mande, has de saber que lo exige el interes de tu porvenir. No esperes, hijo mio, encontrar una inspiracion noble y duradera en las emociones del desórden, en el ardor de los sentidos, en la excitacion enfermiza de las pasiones... El delirio no es la fuerza... ¡Ah! conozco los peligros que te esperan... sé que hay tentaciones terribles asestadas contra la imaginacion, contra la vida febril del artista... sé que en sus venas se introducen el fuego y la llama... pero si no tienes valor para rechazar esos extravios vulgares, desde ahora te lo anuncio, estás perdido... no acabarás tu carrera... Acuérdate que los antiguos en sus alegorias sentenciosas, daban el mismo nombre á la virtud y á la fuerza... que dieron la castidad á las musas, y á las vestales confiaron la guarda del fuego sagrado... ¡Eso lo dice todo! (*Se levanta.*) En tus horas de flaqueza, hijo querido, evoca en tu socorro las sombras de los valerosos y de los fuertes, evoca los ilustres benedictinos de nuestro arte, los únicos acaso que han alcanzado el ideal en sus obras maestras, Palestrina, Mozart, Beethoven... Y ten presente que su genio como artistas, y sus virtudes como hombres, fueron iguales. (*Principia la noche.*)

Ros. (*Levantándose*) Lo sé muy bien, maestro.

Sert. (*Con una emocion grave y contenida.*) Y si no es arrogancia, el nombrarme yo despues de esos colosos, piensa tambien de vez en cuando, hijo mio en tu viejo maes-

tro; tiende una mirada cariñosa desde ese cielo de gloria que te espera á la solitaria oscuridad de mi retiro. Vamos á separarnos, amigo mio; vamos á romper el hilo de nuestros estudios comunes, de nuestro entusiasmo por las maravillas de nuestro arte; no quiero disimular... no enjugues estas lágrimas; las vierto con gusto. Jamás he sembrado en tierra mas fértil; cosecha mas fecunda no ha recompensado nunca las tareas del humilde labrador... Gracias, mil gracias, Andrés por las alegrias que me has dado... ¡Dios te las pague todas!.. ¡ahora, ahora... adios, hijo mio! ¡adios, mi querido discípulo... dame un abrazo!

ROS. (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡Padre mio! (*Llora.*)

SERT. Si, eres bueno, lo sé... pero eres débil tambien; cuidado con eso. (*Sale Gertrudis con una lámpara encendida delante de Marta.*)

ESCENA IV.

Los MISMOS, MARTA *vestida de lujo.*

MARTA. ¿Todavia estais aqui? ya han dado las ocho, padre mio.

SERT. No me riñas, querida Marta; con unos minutos tengo lo lo suficiente... pero deja que te vea antes. (*Toma la lámpara de manos de Gertrudis, y quita la pantalla.*) ¡Oh! ¡Oh! ¡diantre!.. ¡Eh! señor maestro, el de la ópera, una miradita por aqui.

MARTA. (*Poniendo la pantalla.*) No os habeis afeitado, padre mio.

SERT. Si, pero ese no es motivo para que este caballerito... ¡Mírala, hombre! ¡Qué hermosa es! (*Devuelve la lámpara á Gertrudis, que la pone sobre la mesa de la izquierda, y váse.*)

MARTA. ¡Padre mio!...

SERT. Ya me voy, ya me voy; bien, me afeitaré... ¡Cómo asiste la córte! ¡Tambien asistió la noche en que me silbaron! (*Váse.*)

ESCENA V.

MARTA *se va á sentar en el balcon mirando afuera.* ROSWEIN *despues de haberla contemplando con dolor, se pasea por el cuarto.*

ROS. (*Se pone un guante. Ap.*) ¡Nada!... ni una mirada siquiera... vamos. (*Alto, con enojo.*) Vamos...

MARTA. ¿Qué es eso?

ROS. No es nada... el boton de este guante...

MARTA. ¿Se ha caido?... tiene remedio... (*Se levanta á tomar una aguja.*) Acercaos á la luz.

ROS. ¡Oh! no, mil gracias.

MARTA. ¿Cómo que no? Un guante sin boton es poco elegante.

ROS. Es verdad, pero... (*Se acerca.*)

MARTA. Esta noche nada debe faltaros. (*Le toma la mano.*) ¡Ah! temblais. ¿Qué es eso? ¿los nervios?

ROS. Si, me hallo un poco agitado... ¡Qué precioso adorno llevais en la cabeza, Marta! Pareceis una de esas princesas jóvenes de vuestras leyendas septentrionales.

MARTA. (*Con frialdad.*) La lisonja es poética; ya está puesto el boton.

ROS. Mil gracias. (*Mirándola.*) ¡Vos y vuestro padre! no he conocido nada mejor en el mundo.

MARTA. Si, soy yo lo mejor que hay en el mundo para pegar el boton de un guante.

ROS. (*Se encoge un poco de hombros, y luego da algunos pasos hacia el foro.*) ¿No tocaban las monjas á la oracion, cuando yo subia á esta casa?

MARTA. Si.

ROS. Todas las campanas de las aldeas se parecen... Esos sonidos me llegaban al corazon... me recordaron los dias de mi infancia... los que corrieron para mí en medio de mis montañas. Apenas han pasado quince años, y qué cambio ya en mi vida, y en mis ideas...

MARTA. ¿Qué haciais á estas horas hace quince años?

ROS. (*Principiando con cierta ironia.*) A esta hora reunia mis cabras á la orilla del monte... y tomaba el camino del valle... Alli, en el umbral de la granja, me esperaba todas las noches mi primer bienhechor... el anciano cura párroco de la aldea... un artista humilde y piadoso, que (*Se levanta y se acerca.*) me esperaba para hablar-

me de todo cuanto él amaba, de la virtud y de Dios! Despues pasaba santamente de esas veladas apacibles al sueño mas dulce, como un niño pasa de un sueño á otro... ¡Cuán dichoso era!...

MARTA. Dejando aparte la poesia, decidme, Roswein, os bastaria hoy esa felicidad?

ROS. (*Con ardor.*) Si, Marta, si; os lo juro... me bastaria... con mi oscuridad y mi miseria podria recobrar el sosiego... la paz divina de mis primeros años.

MARTA. (*Levantándose con gravedad.*) La paz está en el corazon.

ROS. No en el mio... ni en mi corazon, ni en mi espíritu.

MARTA. No os comprendo.

ROS. Vuestro padre me comprenderia. Hace un instante me lo decia aqui, y cada una de sus palabras me hacian temblar, como si hubiera puesto el dedo en una llaga abierta... ¡Oh! bien me ha mostrado los abismos de esa vida de artista tan hermosa para el que solo considera su exterior brillante; esos abismos en que reinan la pasion desordenada, el pensamiento libre fuera del mundo verdadero, en que se respira una embriaguez fatal, á la que no resiste el mejor de los hombres.

MARTA. Pero vos resistiriais, os conozco.

ROS. Me conoceis, Marta, es verdad; mi vida hace tres años ha sido como hermana de la vuestra... Creeis que he nacido para la virtud, ¿no es cierto?

MARTA. Como nadie.

ROS. Si, Dios sabe que me enajena la virtud como el aspecto radiante de ese firmamento; pero el mundo me asusta; la sociedad me espanta, me impregna de veneno á mi pesar... mezcla con los nobles tormentos del arte y del trabajo, no sé qué fiebres importunas, qué tentaciones perversas! ¡Ay! muy dichosos son aquellos de nosotros que tienen cerca de sí una madre, una hermana, una familia, alguno en fin que les enseñe el camino de la verdad! Pero yo... ¡yo estoy solo! (*Baja la voz acercándose.*) La paz que anhelo la encontraba únicamente... en vuestros ojos, Marta.

MARTA. (*Con gravedad.*) ¡Andrés!

ROS. (*Con fuego.*) ¡Ah! es la última vez que os veo... es la última vez que os hablo... Dejadme, pues, que os abra mi corazon... Si, vos sola podiais salvarme. La fuerza que hoy me falta, la encontraba en mí al contacto de

vuestra mano aun cuando fuese soñando, Marta. ¡Oh Dios mio! vivir aqui, entre vuestro padre y vos, en la tranquilidad de este hogar de familia, bajo la guarda de vuestra virtud... vivir aqui... morir aqui...

MARTA. Decidme, Roswein, ¿no he hecho cuanto he podido por alejar de vuestro espíritu ese pensamiento imposible?

ROS. Si, convengo en ello; os hago justicia... pero en cuanto me hallaba lejos de aqui... la esperanza inflamaba de nuevo mi corazon... ¡La esperanza es un bien tan grande! Recordaba alguna mirada menos severa, alguna palabra mas dulce... queria persuadirme de que vuestro deber filial era el único obstáculo... que el horror de vuestro padre á los artistas era lo único que nos separaba...

MARTA. Y eso habria bastado...

ROS. No. Yo le habria vencido.

MARTA. ¡Nunca!

ROS. Esta misma noche, contando con vuestro amor: (*Sorpresa de Marta.*) vuestro padre me tiene algun cariño, y el triunfo de esta noche, si al fin le obtengo... Ya no lo espero: ¿qué me importan ahora la gloria y los aplausos? Aplaudido en la escena hubiera venido aqui; me habria arrojado á sus pies... le habria ofrecido de rodillas mis laureles, que son obra suya, y olvidándose del artista, me habria dado el nombre de hijo... me habria concedido la felicidad.

MARTA. Haced la prueba.

ROS. ¿Qué me decis?

MARTA. Silencio: aqui llega mi padre.

ESCENA VI.

Los MISMOS, SERTORIO, *con un candelero en la mano, que deja al entrar sobre la mesa de la izquierda. Los dos jóvenes se quedan cortados.*

SERT. Contempladme todos con detenimiento y atencion... ¿Qué tal? ¿Eh? Ya te podrás formar una idea exacta del traje que en mi tiempo gastaba un artista... quiero decir, un aficionado: la sencillez unida á la elegancia... Pero ¿nada me decis ninguno de los dos?... ¿Tengo por ventura una facha estrafalaria?

MARTA. No, padre mio, estais muy bien.

ROS. ¡Oh! estais solemne y majestuoso; quiero daros un abrazo.

SERT. ¿Qué haces?... Hombre, que me ajas mis chorreras...

ROS. Os faltan los polvos.

SERT. No me falta nada, tunante... Vamos, hija mia, vamos á silbar á este jóven insolente.

MARTA. Vamos pues.

SERT. (*Estrechándole las manos.*) ¡Serenidad... serenidad!... hijo mio... Yo tiemblo, pero te recomiendo la serenidad! (*Váse: á la puerta se vuelve.*) Puedes fumar mientras llega Carnioli; en atencion á la gravedad de las circunstancias, te permito que llenes de humo mi domicilio. Vamos, muchacha. (*Sale.*)

MARTA. ¡Dadme la mano... y valor!

ROS. (*A media voz.*) A las doce, esta noche... me habeis dado permiso.

MARTA. (*En el mismo tono.*) El Señor os ayude.

SERT. (*Fuera.*) ¿Vienes, Marta? (*Marta sale.*)

ESCENA VII.

ROSWEIN *solo.*

¡Ah! ¡qué felicidad!.. ¡me ama!... Se acabaron la ansiedad, el vértigo, los combates del infierno!... Dios me devuelve su gracia... ¡Qué cariño tengo á este cuarto, á estos objetos, á estos muebles que á cada instante toca su mano!... Si, encerraré mi vida en este santuario. ¡Con qué gusto trabajaré aqui junto á ella!... De repente ha penetrado en mi alma la tranquilidad mas profunda... Tenia el cerebro trastornado, el alma en una angustia mortal... y ahora que el aliento de un ángel ha pasado rozando mi frente, experimento una paz inmensa... la eterna felicidad en este mundo. (*Se sienta á la izquierda.*) No, nunca la engañaré; nunca haré correr las lágrimas de sus ojos... Os desafio ahora, espectros ardientes, genios maléficos: la sombra de sus alas bastará para ahuyentaros lejos de mí... (*Se levanta.*) ¡Ah! todo me es indiferente en este instante: si sucumbo esta noche en el teatro de San Cárlos, lo sentiré, no hay duda; mas sabré encontrar otra ocasion

propicia... Tengo cien óperas en mi cerebro... Pero tantas emociones me aniquilan... (*Se sienta á la derecha.*) Desearia que me dejaran aqui en paz toda la noche.

CARN. (*Fuera.*) ¡Roswein!... (*Recitando.*) «E venuto il terribil' instante.»

ROS. Es Carnioli.

CARN. (*Fuera.*) Baja, pues, animal.

ROS. (*Yendo al balcon.*) Querido amigo, si no dirijo yo la orquesta... Dejadme aqui... Soy tan dichoso... ¡si supierais!

CARN. (*Fuera.*) ¿Y por qué?

ROS. Porque me ama.

CARN. (*Fuera.*) ¿Quién?

ROS. Me caso con ella.

CARN. (*Fuera.*) ¿Con quién?

ROS. Con Marta.

CARN. (*Fuera.*) ¡Ah! bárbaro! ¿has perdido el juicio?

ROS. No, monseñor.

CARN. (*Saliendo.*) ¡Ah! ¡corpo di Bacco!

ESCENA VIII.

ROSWEIN *y* CARNIOLI.

ROS. ¡Amigo mio!

CARN. (*Enfadado.*) ¿Qué, vas á casarte con la hija del viejo Sertorio?

ROS. Con la misma.

CARN. ¿Y te figuras que yo lo sufriré?

ROS. ¿Qué me importa?

CARN. ¡Tonto de capirote! prefiero que te arrojes por ese balcon.

ROS. ¿Estariais enamorado de Marta?

CARN. Si, si: ¡no estoy yo para ocuparme de esa mozuela insulsa! Lo que me interesa á mí es tu talento, que es obra mia, que es mi felicidad y mi gloria, y que no permitiré que venga á sofocar con su apagador, el matrimonio.

ROS. ¿Podeis decirme por qué sofoca el talento el matrimonio?

CARN. Porque el matrimonio es un opio, y el opio hace dormir... porque el agua apaga el fuego... porque asi es...

porque un artista casado es hombre perdido... Si esta es una cosa que todo el mundo sabe: es marido, padre, ciudadano, todo cuanto quieras; ¡pero el poeta murió!... Por consiguiente, concluyo diciéndote que si amas á esa muchacha, no me opondré á que hagas de ella tu querida; pero te prohibo que la hagas tu mujer.

ROS. (*Sério.*) Si esas son vuestras ideas morales, las mias son otras.

CARN. ¿Qué tiene que ver con esto la moral? ¿Desde cuándo la moral es una de las nueve musas? Tu moral es el arte, tu dios es el arte, y el arte es el diablo... Tu elemento es el fuego: peor para tí si te incomoda; pero asi que salgas de él, has concluido.

ROS. Pues saldré, aunque perezca mi talento... A mí no me acomoda la vida de artista... ya os lo he dicho; me enoja hasta lo sumo... Si supierais lo que sufro en ese torbellino, seriais el primero en tenderme una mano libertadora.

CARN. ¡Corpo di Bacco! ¡Se está quejando de vicio!... no conoce que el mismo exceso de su sensibilidad le alza sobre el nivel del vulgo... Dices que padeces un tormento infernal que te devora? mejor que mejor... Las tinieblas en la cabeza, de seguro el fuego en el alma... ¿Qué mas quieres?... Remordimientos, arrebatos, desesperaciones que el vulgo estúpido ignora... todo eso forma el talento del artista, ese es su pan de vida... Cuando padezcas exclama: ¡Bravo! La gloria me impone ese dolor... ¿Sabes por qué el arte se halla en decadencia? Porque los artistas, bribones sublimes, no pereceis de hambre como en otro tiempo... en el tiempo aquel en que brillaron las artes... porque os pagan muy caro y os dan de comer á dos carrillos.

ROS. (*Sentándose encolerizado.*) ¡Pues que nos saquen los ojos, y nos pongan en una jaula!

CARN. Vamos, vamos, Andrés, amigo mio, mis palabras han sido muy duras... ¿Pero qué quieres?.. esa maldita idea de matrimonio, me ha hecho perder la chaveta... sin embargo, ya sabes que soy tu amigo verdadero.

ROS. Si sois mi amigo, dejadme por Dios que sea feliz á mi manera.

CARN. (*Pegando con el pié en el suelo.*) ¡A tu manera!.. ¡á la ma-

nera de un imbécil!.. (*Yendo hácia el balcon.*) A la manera de ese bruto que se va paseando por ahi como un señor, con su levita azul celeste... (*Hablando al transeunte.*) ¡Tú, el del leviton.. ¡me mira!.. lo repito; eres un borrico: á pesar de tu mujer y de tus cuatro muchachos, eres un borrico! ¡Y se rie el animal!.. Mírale, mírale, asi serás tú.

ROS. (*Que se levantó riendo.*) Pues no quiero mas... ese hombré es feliz.

CARN. ¡Feliz! raciocina un poco, cabeza de piedra! Dices que quieres ser dichoso... ¿y qué criatura en el mundo puede ser dichosa si no está en su puesto, si se empeña en luchar contra su destino? ¿Conque quieres encerrar en un puño la imaginacion de un poeta, quieres meter en la cárcel de un enano las pasiones de un gigante... y te lisonjeas de disfrutar todos los goces de un hombre cualquiera, porque te abrigues bajo su concha?

ROS. Frases y nada mas.

CARN. En este momento criticas lo que no entiendes; ¿conoces, por ventura, esa vida de artista que de ese modo te espanta? Espera para juzgarla á que te haya dado lo que promete á un genio como el tuyo, y entonces, cuando poseas el oro á espuertas como un judio, cuando tengas tantas mujeres como un turco, y tanta gloria como un Dios, te permitiré que te cases con las once mil vírgenes si tal es tu gusto.

ROS. Basta, basta, amigo mio.

CARN. (*De súbito, como herido de una idea, se acerca á Roswein.*) ¡Desgraciado!.. Si supieras en qué términos me hablaba de tí no hace veinte minutos la mujer mas hermosa de Italia!

ROS. ¿Quién? ¿vuestra princesa?

CARN. No es mi princesa, bolonio sin respeto; es la viuda mas noble y virtuosa del globo, la princesa Leonora Falconieri emparentada con los Colonna de Roma y los Dorias de Génova, con la casa de Este nada menos... ¿Pero no la recuerdas? si la viste en el baile que dió el lunes último el embajador de España.

ROS. (*Riendo con indiferencia.*) ¡Cómo! Aquella señora que sacásteis á bailar... treinta años... cabellos negros como el azabache... mucha expresion... y hombros de un contorno de estátua de Venus?..

CARN. La misma; ¿has notado todo eso, y quieres casarte, amigo mio? Pues mas de una vez verás esos hombros entre tu mujer y tú... yo respondo de ello... ¿A que no sabes lo que me decia de tí esa señora hace un instante?

ROS. No; ni lo sé, ni quiero saberlo... ¿qué me importa?.. Yo no pertenezco á ese círculo ni quiero penetrar en él... Pero basta de chanzas; hablemos de cosas sérias. Sentiria mucho que no asistiérais á mi boda. ¿Emprendeis mañana vuestro viaje?

CARN. Antes de marchar, te levantaré la tapa de los sesos si no renuncias á tu proyectado matrimonio... ¡Casarte con la hija de Sertorio!.. Una muchacha insípida... una especie de holandesa que cultivará tulipanes en tu corazon, y que te dará con mucha cachaza legiones de chiquillos!..

ROS. Con eso cuento; asi cuando volvais de España os tirarán de los bigotes... Vaya... estoy seguro de que les dareis confites.

CARN. No lo creas, que les torceré el pescuezo. ¿Ea, vienes?

ROS. Vamos allá.

CARN. (*Deteniéndose junto á la puerta, y pegándose en la frente.*) ¡Dios mio! Dios mio! Si es atroz lo que quieres hacer... no puedo pensar en ello sin estremecerme... Si persistes en tu propósito, te armo una conspiracion para que silben tu ópera... aun cuando me cueste la broma cien mil escudos.

ROS. Como gusteis, señor mio.

CARN. Pues dicho está.

ROS. (*Riendo.*) Dicho está... dadme un cigarro.

CARN. (*Con fuerza.*) ¡Un cigarro, miserable!.. (*Sencillamente.*) Toma, aqui tienes cigarros como nunca llegaron á tu boca, pordiosero. (*Roswein toma la luz, y ambos encienden sus cigarros durante estas últimas palabras.*) Andrés, júrame que no te casarás con esa mozuela.

ROS. (*Encendiendo su cigarro con alegria.*) Os juro... que me casaré con ella.

CARN. Pues bien, yo te juro que tu ópera será silbada. (*Sopla la vela que deja sobre un mueble cerca de la puerta.*) Vas á verlo.

ROS. (*Riendo.*) Vamos á verlo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

PRIMER CUADRO.

En el teatro de San Carlos. En un bastidor cortado á la derecha un gran palco de proscenio. El teatro representa un salon de ese palco con ricas colgaduras, sillones, sofás, lámparas, etc. Cuando alzan el telon, la orquesta toca el final del acto segundo al ruido de las aclamaciones y de los bravos.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, *el* PRÍNCIPE KALISCH, *y luego* LEONORA. *Julia y Kalisch salen los primeros del palco.*

JULIA. ¡Jesus! ¡qué ópera tan fastidiosa! ¿No es verdad, príncipe Kalisch!

KAL. Marquesa, lo que os fastidia á vos no puede menos de fastidiarme á mí.

JULIA. ¡Si no se sabe lo que es eso! Parece una salmódia.

KAL. Lo mismo digo.

JULIA. Leonora se entusiasma porque el entusiasmo da mas brillo á sus ojos.

KAL. Eso mismo me parece á mí.

LEON. (*Saliendo.*) ¡Qué música! ¡es celestial

JULIA. (*Dejándose caer sobre un divan bostezando.*) ¡Qué fastidio!

LEON. ¡Qué falta de inteligencia! ¡Parece imposible en gentes de tal gerarquia!

ESCENA II.

LOS MISMOS, *el* MARQUÉS DE SORA, LADI WILSON.

WIL. (*Acento inglés marcado, pero con distincion.*) Buenas noches, querida princesa.

LEON. Buenas noches, milady; buenas noches, marqués.

SORA. (*Saludando.*) ¿Y qué me decis, princesa, del entusiasmo del público?

LEON. Es un triunfo como se han visto pocos.

WIL. ¡Oh! Yo me encuentro arrebatada al quinto cielo; ¿no es verdad, princesa?

SORA. Un debut á la Rosini, brillante, privilegiado; y supongo, princesa, no ignorais que el libreto asi como la música es obra del jóven compositor.

WIL. Lo dicen asi; ¡talento prodigioso!.. tomad asiento, marqués... á mi lado.

JULIA. La música será todo lo expresiva que se quiera; pero á á mí me parece música de iglesia; no me gusta.

KAL. (*Apoyado en el sillon de Julia.*) Lo mismo digo, no me gusta.

LEON. Príncipe Kalisch, en cuanto á música, no os tengo por autoridad competente, como no se os llame á dar vuestra opinion sobre el redoble de los tambores... Pero ¿qué teneis, querida marquesa?.. Estais encarnada como una fresa de los Alpes.

JULIA. (*Secamente.*) El calor... Conocereis sin duda particularmente al autor de esa cencerrada flamenca, cuando le defendeis con tanto empeño?

LEON. Tan lejos de conocerle particularmente, cuanto que esta noche he oido su nombre por primera vez y de vuestra boca.

SORA. ¿Pues qué? ¿no os ha hablado nunca de Roswein el caballero Carnioli? Pues él es quien le ha creado, quien le ha sacado á luz; más creo, quien lo ha inventado.

LEON. No me ha dicho una palabra.

JULIA. (*Con intencion.*) Lo extraño; viendo tan á menudo al caballero Carnioli: preciso es convenir entonces en que tendria que hablaros de cosas mas interesantes.

LEON. Convendremos... Pero decidme, príncipe Kalisch, es cierto que en las campañas del Cáucaso os llevó una bala de cañon las dos orejas?.. El lance es duro de creer; pero solo de este modo podré explicarme vuestro gusto musical. (*Sora y lady Wilson se rien.*)

JULIA. (*Bajo.*) No respondais.

KAL. (*Con solemnidad.*) Princesa, esa historia no tiene fundamento alguno...

JULIA. (*Bajo.*) Os digo que no respondais.

LEON. ¿Es decir que no es cierto?

KAL. Princesa, os juro que no, por mi honor de caballero.

LEON. ¡Ah! si lo jurais.... (*Julia se levanta con enojo.*) ¿Nos dejais ya?

JULIA. Si, esa música es insoportable... un acto mas causaria en mis nervios una revolucion... Príncipe Kalisch, ¿podeis darme el brazo hasta mi coche?

LEON. Ciertamente, y hasta la Siberia si fuera preciso. ¿No es cierto, príncipe encantador?... Adios, idolatrada amiga mia...

JULIA. Adios, queridísima princesa. (*Sale poniéndose el abrigo y seguida del príncipe Kalisch.*)

ESCENA III.

LEONORA, LADY WILSON, DE SORA. *Todos se rien.*

LEON. (*Levantándose.*) El príncipe Kalisch es un tesoro de inocencia.

WIL. Si, pero monta bien á caballo.

LEON. A caballo estará bien; pero á pie carece de entendimiento.

SORA. Le habeis puesto esta noche como ropa de pascua.

LEON. Para bien de mi querida amiga, quisiera quitarla tan ridícula compañia, y ella no me lo agradece.

WIL. (*Riendo.*) No sé por qué.

LEON. ¡Ah! ¡Carnioli!

ESCENA IV.

LOS MISMOS, CARNIOLI.

CARN. (*A la puerta con exaltacion.*) ¿Qué se dice por aqui sobre el talento de mi cisne de Dalmacia?

TODOS. (*Aplaudiendo.*) ¡Bravo! ¡bravísimo!

SORA. Es un verdadero triunfo, amigo mio. Supongo que estareis contento.

CARN. No por cierto, estoy incomodado con él; ese hombre no es hombre, es un marica; por poco le ahogo.

LEON. ¿Por qué?

CARN. Ya hablaremos... ¡pero qué genio!... es un verdadero genio... ¿no es cierto, princesa?

LEON. Si; lo es... Decidme, Carnioli, ¿en dónde descubristeis ese prodigio? ¿qué hay de verdad en todo lo que á propósito de esto se cuenta?

CARN. Ignoro lo que se cuenta, pero la verdad es esta... Hará unos diez años, volvia yo de Turquia, y tuve el capricho de viajar por tierra, costeando el Adriático... Una tarde de estio, en un pueblecillo de Dalmacia, entre las montañas y el mar, oigo de repente, mientras estaban mudando los caballos, cierta melodia extraña, incorrecta si se quiere, pero admirable... sonidos de un violin arrancados por una mano ignorante, pero fuertemente inspirada... como si el alma de Paganini hubiese vuelto por aquel lugar... Me precipito fuera de mi coche, y veo sobre un banquillo, á la puerta de una quinta, á un muchachuelo cubierto de harapos y atracado á un violin que no valia medio escudo.

WIL. ¡Pobre inocente!

CARN. Toméle en mis brazos y le dije: «galopin, serás un hombre de genio dentro de diez años: vente con migo.»

LEON. ¿Y os siguió sin mas ni mas?

CARN. (*Levantándose*) ¡Oh! no por cierto; negóse al principio con tenacidad á mis deseos, y no me daba mas contestacion que esta palabra: «¡Silvia! ¡Silvia!» Al oir este nombre de Silvia me figuré que se trataba de algunos amorios prematuros, y le dije que se viniera con su Silvia, con su padre y su madre, si era de su gusto, que yo adoptaba á la familia entera... Pero el pobrecillo era

huérfano... En fin, desapareció, y un minuto despues volvió trayendo en sus brazos una bonita cabra blanca y negra que estrechaba con ternura: era la señorita Silvia.

WIL. ¡Qué interés me inspira el animalito!... ¿Querrá venderla el maestro?

CARN. Creo que no, porque la pobre Silvia murió de nostalgia en el camino, y os puedo asegurar que derramé algunas lágrimas sobre su tumba.

WIL. ¿Segun eso, vos llorais de vez en cuando?

CARN. Ya se ve que si, milady.

WIL. ¡Qué antigüedad! ¡Qué extravagancia!

CARN. Como gusteis, y continuaré mi historia. Imaginaos que para consolar al chico, tuve la humorada de enterrar á Silvia en un bonito parque que poseo en las cercanias de Mántua. La operacion se llevó á cabo con toda solemnidad, y me costaba mucho trabajo mantenerme sério, cuando veo al mozo que se planta sobre la sepultura violin en mano... y comienza la ejecucion de una elegia en *la* menor y de un carácter tan triste, que mis ganas de reir se convirtieron en lágrimas... y eché á llorar que era un portento... Tal fué el destino de Silvia, milady; y en cuanto al pastorcillo dálmata... ya sabeis que es hoy dia...

LEON. Un grande hombre que ha realizado vuestro vaticinio.

CARN. Me lisonjea mucho...

SORA. ¿Cómo os habeis gobernado?

CARN. De un modo muy sencillo; le di buenos maestros y un sastre elegante... Pero comienza el tercer acto... Milady, marqués... os recomiendo el coro de odaliscas... la despedida de la Alhambra... (*Tararea en tono lastimero.*) Y tambien el baile triunfal de las doncellas españolas... (*Alegremente.*) Tralalá, tralalá; pero sobre todo, el canto de Boabdil en el final; es una melodia divina... (*Lady Wilson y el marqués salen.*)

ESCENA V.

LEONORA, CARNIOLI. *Carnioli mira un instante á la Princesa.*

LEON. (*Mirando á los palcos.*) ¿Carnioli, cómo no me habeis hablado hasta ahora de ese jóven?

CARN. Queria que fuese completa la sorpresa.

LEON. ¡Siempre estrambótico!.. ¿Y es buen mozo? ¿elegante?

CARN. Un Apolo vestido de frac; un poco ingrato.

LEON. ¿Es ingrato?

CARN. Hasta lo sumo... pero no puedo disimular por mas tiempo... voy á confiaros mis penas.

LEON. Se ha levantado el telon.

CARN. (*Cerrando las colgaduras del palco.*) No le hace; no veremos el baile, pero en cambio, os contaré mis penas... y me comprendereis, porque os hallais dotada de un alma de artista... Como que he visto brillar una lágrima en vuestros ojos mientras cantaban el aria de Isabel. Ah, no, no podeis negarlo: lo he visto.

LEON. No lo niego... estoy tan triste, tan abatida de algun tiempo acá, que la vida me es una carga muy pesada.

CARN. Lo siento.

LEON. Pero no hablemos mas de mí, y concretémonos á vuestro amigo el pastorcillo de Dalmacia.

CARN. Mi querida princesa, vais á estremeceros; el pastorcillo de Dalmacia quiere suicidarse.

LEON. Suicidarse, ¡gran Dios!

CARN. Ó casarse, que viene á ser lo mismo, pues una vez sumergido en el letargo de la dicha doméstica, se acabó, está perdido para vos, para mí, para todo el mundo civilizado; sin lucha, sin fiebre, sin dolor, no hay genio posible.

LEON. Pero yo pensaba, amigo mio, que en el seno de la felicidad doméstica puede haber desgracias como fuera de él.

CARN. Seguramente, solo que ese bribon se casa con una santa; una sola hay en la tierra que yo sepa, y ese animal ha tropezado con ella. ¡Es cosa para desesperarse!

LEON. ¿Y quién es esa criatura tan privilegiada?

CARN. Marta Sertorio, la hija de ese viejo músico aleman... Mirad. (*Entreabriendo la colgadura.*) Podeis verla; alli enfrente está... una muchacha rubia, diáfana... todo el mundo la mira en el teatro.

LEON. (*Mirando con el anteojo sin levantarse.*) Mucho favor la hacen. ¡Pobre niña! la han vestido sus enemigos!

CARN. Probablemente habrá sido su padre. ¿Pero es bonita, no es verdad?

LEON. ¡Bonita, si! para lugareña... ¿y la quiere mucho? (*Levantándose.*)

CARN. (*Ap.*) Ya tiene celos. (*Alto.*) La quiere con una obstinacion de que no hay idea... Todos mis argumentos, mis promesas, mis amenazas, todo ha sido inútil! Os aseguro que estoy desesperado... querida princesa, aconsejadme; ¿qué debo hacer para salvar de una ruina segura el talento de ese hombre? (*Como herido de una idea súbita.*) ¿Por qué no le llamais y le decis vos misma que se pierde, que va á cometer una locura, un crimen?

LEON. (*Con asombro.*) ¿Decírselo yo?

CARN. ¿Por qué no?.. Quizá lograreis convencerle... A veces la palabra de un persona extraña tiene mas autoridad...

LEON. (*Riendo.*) Me niego á tomar cartas en el asunto... sois un loco de atar... Conque acabais de decirme que está perdidamente enamorado de esa jóven, y quereis que la olvide por dos palabras que yo le diga?

CARN. ¡Ah! no conoceis á los artistas, princesa. Raza poderosa y débil á la vez, imaginaciones ardientes y movibles como la llama, que corren irresistiblemente hácia todo lo que brilla y fomenta el orgullo: el lujo, el terciopelo, la seda, las flores, las manos blancas y el armiño de las duquesas, eso les fascina y les lleva al infierno. En cuanto el pastorcillo de Dalmacia penetre en ese torbellino arrebatador y esplendoroso, no volverá á acordarse de su flamenca, y le aseguramos para el arte que con tanta gloria cultiva. Tan persuadido estoy de eso, que poco me ha faltado para decirle que le iba á presentar á vuestra alteza.

LEON. (*Con serenidad.*) ¿Se lo habeis dicho?

CARN. (*Aparentando cierta turbacion.*) Princesa, he querido únicamente decírselo.

LEON. Vamos, se lo habeis dicho. No hay en ello ningun mal... si es persona bien educada.

CARN. Asi lo pensé yo, y estaba bien seguro de vuestra tolerancia... pero es el caso que se ha negado á venir.

LEON. ¡Cómo! ¿no quiere?

CARN. No quiere.

LEON. ¿Y porqué?

CARN. Porque para él no hay mas que Marta en el universo.

LEON. Felizmente para él, no tengo la costumbre de violentar á las gentes. Supongo que en esa locura vuestra no habrá sonado mi nombre para nada.

CARN. Creo que si.

LEON. ¿Y qué habeis dicho de mí?

CARN. Fruslerias... ya sabeis lo que se dice comunmente... que me habiais hablado de él con cierto interés, que deseábais oirle en el piano... nada mas.

LEON. Y me parece muy bastante; os doy las gracias, amigo mio... (*Riendo.*) Y os respondió como en la aldea: ¡Silvia! ¡Silvia!

CARN. Asi fue; ¿qué quereis? es su locura.

LEON. (*Con sequedad.*) Carnioli, por lo que veo, me habeis expuesto en efigie á los desdenes de ese jóven... Mil gracias...

CARN. Tomais el lance muy por lo serio... ante todo, ese jóven no es un hombre, sino una musa... (*Se pone á escuchar.*) ¡Silencio!.. El aria de Boabdil, aqui está la obra maestra... (*Levanta la colgadura. Música.*) Estais al corriente de la situacion... Boabdil se detiene un momento en su fuga... sobre la montaña, y llora su reino perdido...

CANTO.

Oculta, ó noche, en tu sombra
la sombra de un rey vencido;
ahoga, ó viento, el guejido
de un pobre rey sin hogar.
Lejos voy de mi Granada,
lejos voy de la blancura
que ostenta Sierra-Nevada
á donde me lleve el mar.
¡Ay de mí!
Sin patria ni hogar.
¡Ay de mí!
Dejadme llorar.

¡Bravo! ¡Bravo! Princesa, si quereis admirar un rostro verdaderamente angelical, mirad ahora á la novia del poeta... es un arcángel en medio del éxtasis.

LEON. (*Mirando con los gemelos.*) Esa muchacha debe estar enferma del pecho.

CARN. ¡Chist! oid.

CANTO.

Mi alhambra y sus caballeros,
sus cármenes y sus rios,
llorad, llorad, ojos mios,
llanto de sangre llorad.
Lejos voy de tí, Granada,
lejos voy de la blancura
que ostenta Sierra-Nevada
á donde me lleve el mar.
¡Ay de mí!
Sin patria ni hogar.
¡Ay de mí!
Dejadme llorar.

(*Se oyen grandes aplausos graduados hasta el fin de la escena, y llaman al autor repetidas veces. Carnioli entusiasmado.*) ¡Sublime! ¡Divino! ¡Bravo! ¡Roswein! ¡Bravo! (*Leonora se levanta y mira con atencion. Los gritos aumentan.*) ¡Oh! le llamarán cien veces. ¿Habeis visto qué ojos echaba á la Sertoria?.. Fuerza es confesar que los dos harán una escelente pareja. ¿Seria cometer un asesinato el separarlos, no es verdad? (*Le llaman de nuevo.*) ¡Bien, muy bien! ¡Bravo! ¡Bravo! Una lluvia de flores... arrojad vuestro ramillete como todo el mundo.

LEON. Por daros gusto en todo... (*Se inclina fuera del palco, y arroja su ramillete.*) ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio, Carnioli!

CARN. ¿Qué sucede?

LEON. Le he tirado mi pañuelo al mismo tiempo que las flores.

CARN. ¡Qué inadvertencia!

LEON. Tenia el ramo envuelto en él, y todo cayó á un tiempo... comprendeis?

CARN. ¡Oh! perfectamente.

LEON. (*Poniéndose el abrigo.*) ¡Vámonos, no sé lo que me pasa... qué aventura, Dios mio! (*Tomando el brazo de Carnioli para salir: al cabo de una pausa.*) ¿Me le devolverá?

CARN. Allá veremos.

FIN DEL PRIMER CUADRO DEL ACTO SEGUNDO.

CUADRO SEGUNDO.

En casa de la Princesa Leonora Falconieri. Un gran salon amueblado con magnificencia. Lámparas de forma antigua, luz muy suave. En el fondo una galeria de columnas, abierta sobre un parque italiano, cuyos árboles y estátuas se distinguen á la claridad de la luna. Un hermoso piano en el foro á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LEONORA, CARNIOLI *volviendo del teatro, saliendo por la derecha.*

CARN. Ya estamos en vuestra habitacion. ¿Quereis que me marche?

LEON. No.

CARN. ¿Entonces quereis que me quede?

LEON. Tampoco.

CARN. ¿Me permitis que toque la romanza de Boabdíl?

LEON. (*Sentándose á la izquierda.*) No.

CARN. ¿Me dais licencia para que os diga lo que quereis?

LEON. Hablad.

CARN. Quereis ver al poeta compositor.

LEON. (*Con frialdad.*) Sois un insolente, Carnioli, pero no le hace; todo me es indiferente en este momento.

CARN. Tened un poco de paciencia; ya vendrá.

LEON. ¿Os atreveis á pensar que le recibiria si tuviera descaro tan inaudito?

CARN. Pienso que le recibiriais... mal... con mucho desprecio... pero eso os proporcionaria cierta emocion... y el

placer de martirizar á un poeta, placer que ni las princesas tienen á menudo.

LEON. Decidme de una vez que le arrojé mi pañuelo voluntariamente.

CARN. No diré tal.

LEON. (*Con altaneria.*) Sin embargo, lo creeis. Leo muy claro en vuestro corazon, Carnioli... ¿Pensais que me han engañado las odiosas maniobras que toda la noche habeis puesto en juego conmigo?... ¿Pensais haber alcanzado vuestros fines?... Amigo mio, estais en un error; lo siento por ese jóven, que está bien inocente de todo lo que pasa; pero si viene, ¡pobre de él! Aqui á vuestra vista haré que le dé de bofetones un lacayo.

ESCENA II.

LOS MISMOS. MARIA *saliendo por la derecha, primer término.*

MARIA. Ahí está un jóven empeñado en que os entregue esta tarjeta.

LEON. (*Tomándola.*) Muy bien; vete, que yo te llamaré. (*Maria váse por el foro á la derecha.*)

ESCENA III

LEONORA, CARNIOLI.

LEON. (*Con serenidad.*) ¡Él es!... ¿Qué me aconsejais?

CARN. (*Con gravedad.*) Princesa, peligroso es chancearse con vos; me lo acabais de advertir de una manera tan enérgica...

LEON. Una respuesta es lo que ahora necesito.

CARN. Os la daré, extrañando siempre que me pidais consejo. Recibir á ese jóven despues de lo que ha pasado en el teatro hace un instante, es perderos.

LEON. ¿Pues no queriais presentármele? ¿No deseabais verle en mi casa?

CARN. Deseaba verle aqui en calidad de artista, en medio del dia, en presencia de todos, si por cierto... pero á las altas horas de la noche, y despues de la aventura del pañuelo, es distinto. Reflexionad en que tales circunstancias convierten al artista que llama á vuestra puer-

ta, en un galan, y que si pasa los umbrales será un amante.

LEON. Suposiciones sin fundamento.

CARN. Y ahora os diré, que á pesar de mi buen humor, no estoy dispuesto á alegrar con mi presencia una situacion por el estilo.

LEON. ¿A qué hora salis para España, Carnioli?

CARN. (*Despues de una mirada fija.*) En este instante, princesa. (*Saluda y se aleja. Ap.*) He salvado á Roswein; no se casará.

ESCENA IV.

LEONORA, *luego* MARIA.

LEON. Maria.

MARIA. Señora.

LEON. Que traigan caballos de posta... dentro de veinte minutos que esté enganchado mi coche.

MARIA. ¿Es para un viaje?

LEON. Quizá... que entre ese caballero, y ven luego á mi cuarto. (*Váse por la izquierda.*)

MARIA. (*A Roswein.*) Entrad; su alteza se digna recibiros. (*Maria introduce á Roswein por el foro derecha, y váse por la izquierda.*)

ESCENA V.

ROSWEIN *solo.*

Está bien, esperaré... Puesto que me dan tiempo deberia... ¡No! me alegro haber penetrado hasta aqui. Habré visto una sola vez, un solo instante este mundo extraño y desconocido, y asi quedará satisfecha para siempre mi ardiente curiosidad... El fantasma novelesco se desvanecerá en cuanto le haya mirado de frente... Ya no me dará mas tormento, y llevaré mi corazon sereno al ángel que me espera... á tí, querida Marta!.. mi divina verdad!.. porque esto es un sueño... es la mentira... y esta, su morada... ¡Cuántas veces, no obstante, he deseado penetrar en el santuario de una de estas mujeres!.. ¿En qué pensarán cuando se encuentren solas en estos gabinetes tan ricamente perfumados? en

sus vestidos, en sus joyas... en eso, siempre en eso... ¡Qué mirada aquella!.. en el momento en que su ramillete se desprendia de su mano, sus ojos se abrieron de repente como una nube que deja paso á una centella... me cubrió de llamas... (*Con violencia.*) ¡Ah!... Este pañuelo me abrasa el corazon... (*Arranca el pañuelo de su seno, y le mira con espanto.*) Tiene los perfumes mortales del Oriente, le ha empapado en veneno como si fuera un puñal de la India... lejos, lejos de mí. (*Arroja el pañuelo sobre un sofá, á la derecha.*) He hecho mal en venir aqui... No, ¡corazon cobarde! Antes de... te arrancaria con mi mano... ¡Sangre maldita!... antes de que te emponzoñe su aliento, sabré dejar vacias mis venas. ¡Huyamos, huyamos de aqui!.. (*La princesa sale por la derecha; Roswein se apoya con mano trémula en el respaldo del sofá.*)

ESCENA VI.

LEONORA, ROSWEIN.

LEON. (*Indiferente y fria, con la tarjeta en la mano.*) Andrés... (*Roswein se inclina.*) ¿Andrés Roswein?... (*Roswein está conmovido y trémulo Leonora suelta sus palabras como esperando á que Roswein explique su visita.*) Sois el autor de la ópera que se ha estrenado esta noche... El caballero Carnioli os conoce... Habeis nacido en... Dalmacia... ¿á qué debo el placer de vuestra visita?

ROS. (*Muy turbado.*) Señora princesa, no pensaba...

LEON. ¿No pensabais... qué?... ¡Dios mio!.. ¿os poneis malo?.. ¡qué pálido estais!...

ROS. (*Titubeando.*) Señora... me retiro... he venido únicamente... á entregaros este pañuelo...

LEON. (*Con desprecio.*) ¿Qué palidez? llamaré...

ROS. No, no; me retiro.

LEON. Os vais á caer... sentaos, sentaos... (*Imperiosamente.*) Sentaos, pues.

ROS. (*Sentándose.*) Disimuladme, señora princesa, las emociones de esta noche.... emociones excesivas.

LEON. Está bien; pero permitidme que os dé un consejo: para otra vez, cuando evoqueis apariciones, aseguraos de que teneis fuerzas bastantes para soportar su vista...

Vamos, serenaos... (*Sonriendo.*) Conque es decir, que habeis podido disponer de un instante esta noche, y me le consagrais... (*Se sienta á la izquierda.*) Que os da el capricho de entrar en mi casa á estas horas... valerosamente... sin observar formalidades superfluas, entre antiguos amigos como nosotros dos... y sin mas, ni mas... Por fortuna, dais con una mujer buena... que no hablará mas del asunto... trabajad mucho, dadnos dentro de un año otra ópera tan buena como «La Conquista de Granada.» y os aplaudiré; (*Riendo.*) pero tendré cuidado de que no se me escape el pañuelo, para no distraeros en vuestras ocupaciones. (*Roswein se levanta.*) ¿Cómo se llama vuestra prometida?

ROS. (*Con dignidad.*) Se llama verdad, señora princesa.

LEON. (*Serena.*) ¡Ah! no es nombre de mujer... ¿Y la amais mucho?

ROS. Mas que nunca.

LEOD. En hora buena... Os habeis puesto bueno... con solo haberos hablado de ella... Debeis convenir en que sé cuidar á los enfermos.

ROS. Y os doy las gracias.

LEON. Dádmelas tocando algúna cosa en este piano...

ROS. (*Vacilando.*) Señora princesa...

LEON. Vamos, es lo menos que podeis hacer.

ROS. Con mucho gusto. (*Se sienta al piano y toca una melodia cuya expresion es al principio enérgica y resuelta: Leonora, que ha ido á pasos lentos á la galeria del fondo, mira un instante al jóven, que parece desafia su imperio: luego volviéndose permanece inmóvil, apoyada en una columna, la vista perdida en la sombra de los jardines: un rayo de luz cae sobre ella y dibuja su forma blanca en el fondo azulado del parque. Roswein que la vé, se abandona poco á poco á un sentimiento de languidez y de dulzura: la melodia toma el carácter de una serenata amorosa y se acaba. El jóven se levanta, permanece un instante con los ojos fijos en Leonora, siempre inmóvil, y luego se va á ella.—Inclinándose.*) He concluido..... ¡Adios!

LEON. (*Como saliendo de un sueño.*) Adios.

(*Roswein da dos ó tres pasos á la izquierda en la galeria y luego se vuelve de súbito.*)

ROS. ¿Me perdonais?

LEON. (*Bajando un poco á la escena.*) No.

ROS. ¿Por qué?... Porque he cometido esta noche un acto de locura... ¡Ah! soy un loco... ¿no es verdad? ¿Qué quereis? es mi oficio... ¿Pero no debeis tambien á esta locura una de vuestras fiestas privilegiadas, una fiesta que os hizo sonreir... llorar quizá?... Dignaos comprender á cuánta costa compramos tan dulce premio... ¡Ay! todos nosotros somos el escultor griego, dolorosamente prendado de la obra de nuestras manos... Ese mundo de la ficcion, tan lleno de hechizos, que os arrebata un momento en el teatro, es el mundo que siempre nos posee... Sin cesar tenemos ante los ojos esa quimera ardorosa que nos atrae, que nos llama, que nos enagena... Yo he visto, yo he creido ver de repente el prestigio de ese mundo sobrenatural en vuestros ojos, y he venido á buscar su realidad deslumbradora en este palacio, á costa del remordimiento y de una vergüenza eterna.

LEON. (*Sentada á la derecha.*) ¿Y habeis encontrado lo que buscais?

ROS. Si, si por cierto... Cuando estabais ahí ahora poco, dejando que sorprendieran vuestro pensamiento, he sentido un instante una vida sobrenatural... he visto, si... he visto con mis propios ojos el balcon de Julieta bañado en su aurora divina... he sentido á mi lado el roce del vestido blanco de Desdémona... he apagado mi sed ardiente en la copa de lo ideal... y bendigo esa mano que me la presentó... llena hasta los bordes... aunque es una mano cruel, fria, ingrata... (*Toma la mano de Leonora y la deja caer al punto espantado de sí mismo.*)

LEON. Una palabra nada mas, Roswein: ¿me amais?

ROS. ¡Ah!

LEON. Responded: esta pregunta merece una respuesta.

ROS. ¡Dios mio! ¡Hace tan poco que he dicho á otra!...

LEON. (*Levantándose de repente, interrumpiéndole.*) Tengo deseos irresistibles de mortificaros un instante. Sois un poeta: el amor es, digámoslo asi, vuestra ciencia oficial, y quisiera probaros que una pobre mujer, solo porque es mujer y porque tiene un alma, es superior á vosotros en esa ciencia... ¿Amais?... ¿á quién? Lo ignoro... y acaso lo ignorais vos tambien... pero teneis miedo, miedo del dolor, de la vergüenza, del remordi-

miento... miedo de todo en fin... Pues yo, si hubiera amado una vez, si una pasion verdadera hubiese penetrado, no en mi cabeza como un sueño poético y vano, sino en mi corazon... en la sangre de mis venas... os aseguro que nada habria temido... habria sido culpable quizás... pero cobarde, ¡nunca!

Ros. ¡Ah!

Leon. Si, habria mirado al espectro frente á frente, mis ojos en sus ojos, y me habria abandonado sin flaqueza, sin reservas hipócritas, á su imperio mortal... (*Se adelanta hácia él y prosigue con una voz sombria y ardiente.*) Habria hecho mas aun, Roswein: si hubiera tenido que sacrificar un nombre respetado, un ilustre destino al mismo tiempo que mi vida y mi alma, á los pies del objeto amado... os lo afirmo, hubiera arrojado mi guante públicamente á la estimacion del mundo, para que nada quedase ya entero ni posible en mi vida, nada mas que mi amor, ¡un amor inmenso!...

Ros. ¡Ah!... ¡me trastornais el juicio!... (*Cae sentado á la izquierda.*)

Leon. (*Bajando la voz con una expresion de ternura dolorosa.*) Y desdeñada, Andrés... lo que no habria dejado de sucederme, ¿no es verdad?... habria sabido hallar un placer extraño en el exceso de mi humillacion... Me hubiera encerrado sola, sola para siempre, en algun rincon ignorado del mundo, feliz y risueña como me veis aqui... y envuelta en mis llamas habria muerto de mi herida. ¡Adios! Ahora podeis hacer versos al amor: por lo menos ya conoceis el asunto. ¡Adios! (*Repentinamente le besa en la frente y váse. El jóven se queda como loco.*)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO DEL ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

La casa de Sertorio. La decoracion del primer acto. La claridad de la luna lanza un reflejo blanquecino sobre el balcon y en el ángulo de la ventana, que está abierta: á la derecha una mesita con la cena.

ESCENA UNICA.

SERTORIO, MARTA, *sentados á la mesa.* GERTRUDIS *sirviendo.*

SERT. ¿Qué es eso, hija mia? ¿no tenemos apetito?

MARTA. Estoy comiendo, ya veis, padre mio.

SERT. Migas de pan con agua clara... ¿Estás mala?

MARTA. No por cierto.

SERT. Pues á mí la emocion, el placer me han dado un apetito extraordinario... ¡Qué noche tan gloriosa, hija mia! Los triunfos del teatro tienen un no sé qué que embriaga. El momento de presentarse Andrés en la escena me produjo tal efecto, que me pareció un semidios. ¡Brindemos á su triunfo! A gloria me ha sabido esta copa. Mañana iré tempranito á felicitarle. (*Váse Gertrudis.*)

MARTA. ¿No esperais que venga esta noche?

SERT. ¿Cómo quieres que venga ya?... Son mas de las doce... ¡Imposible! ¿Te dijo que vendria?

MARTA. No, padre mio. (*Se levanta y se acerca á la ventana.*)

SERT. Y ahora que me acuerdo, ¿sabes que he notado una cosa extraordinaria?

MARTA. (*Volviendo.*) Ya sé lo que vais á decirme: todo el mundo lo notó en el teatro.

SERT. ¡Cómo todo el mundo! ¿Qué dices?

MARTA. (*Con amargura dolorosa.*) Pues no creo haberme engañado: aludis sin duda á la dama del ramillete, á la princesa Falconieri, nuestra vecina, cuyo palacio se vé desde aqui entre los árboles?

SERT. ¿Qué dama, qué ramillete ni qué princesa? Yo no he visto nada de eso... Las mujeres no piensan mas que en las mujeres.

MARTA. ¡Cómo!... ¿pues de qué hablabais? ¿Qué cosa extraordinaria habeis notado?

SERT. Te lo diré... Andrés no conoce mi canto del Calvario... y no obstante su canto de Boabdil está cortado por el mismo patron.

MARTA. (*Volviendo á la ventana.*) Es natural que vuestro discípulo haya tomado vuestro estilo.

SERT. No he querido decir que sea mi estilo, hija mia... (*Bebe.*) ¡El gran estilo!... que vuelve á estar de moda... No podia ser menos... Pero ¿qué miras con tanta atencion por la ventana?

MARTA. Nada.

SERT. (*Que se ha levantado.*) ¡Qué hermosa luna! Se vé como si fuera de dia!...

MARTA. (*Tristemente.*) Parece que hay nieve allá lejos en las ruinas... ¿no es verdad?

SERT. En efecto; como estuvieramos en Alemania diria que si desde luego.

MARTA. (*Bajando.*) ¿No echais de menos la Alemania, padre mio?... Dicen que la atraccion de la tierra natal llega á ser irresistible para el corazon de un anciano... Yo os acompañaria con gusto... La Alemania es el pais de mis sueños!...

SERT. ¿Te acuerdas mucho de la Alemania?

MARTA. Es mi patria... y me habeis prometido llevarme un dia.

SERT. (*Con gravedad.*) Si, iremos, iremos; pero á cumplir una peregrinacion triste y piadosa.

MARTA. ¿Y nos quedaremos alli?

SERT. No. ¡Oh! no... Te pareces demasiado á tu madre, y no he olvidado aquel dia en que dejé mi patria, cargado con todo lo que me quedaba en la tierra... ¡una pobre niña, vestida de luto, que se sonreia al ver mis lágrimas!

MARTA. Sé que os vais á incomodar; pero no puedo resistir á la

tentacion de comunicaros un pensamiento que me atormenta; y dicho una vez, no hablaremos mas de este punto.

SERT. ¿Qué pensamiento!

MARTA. Que no moriré tranquila si no me prometeis que descansaré en la misma tierra que mi pobre madre.

SERT. ¡Calla, calla! ¿Estás loca?... ¿qué tienes esta noche?

MARTA. Esta noche, como siempre, me siento llena de fuerza y de salud... pero ya que he tenido valor para confiaros esa flaqueza de mi espíritu, libertadme de este tormento, hacedme la promesa que os pido.

SERT. Cállate, Marta.

MARTA. (*Besándole la mano.*) ¡Padre mio, prometédmelo!

SERT. Te lo prometo... pero no comprendo el tal capricho. (*Se sienta á la derecha.*)

MARTA. (*Sonriendo.*) ¿Me perdonais?... Decidme que me perdonais...

SERT. Si.

MARTA. No lo decis de buena gana.

SERT. Si, si.

MARTA. Pues entonces en prueba de ello... tocad el canto del Calvaaio... ya vereis cómo lloro...

SERT. (*Mirándola fijamente.*) ¡Llorar! ¿qué es esto?... ¡Oh! tú tienes algo esta noche... estás triste, turbada, inquieta... (*Reflexionando.*) Parece que esperas la llegada de alguno. (*Se oye el ruido de un carruaje.*)

MARTA. No... ¡Escuchad!....

SERT. ¿Ves?... ¿Esperas á alguien?

MARTA. (*Precipitándose á la ventana.*) ¡Ah! ¡es él!

SERT. ¡El! ¿pero quién es él?... (*Se vá á la ventana.*) ¡Un coche de camino!.. ¡Creo que no me engaño, es Andrés!

MARTA. (*Turbada.*) ¡Si, si, es él!... ¿no es verdad? Pero no va solo...

SERT. ¿Y qué mujer es esa que le acompaña?

MARTA. (*Cayendo hácia atrás y lanzando un grito terrible.*) ¡Ah!

SERT. ¡Hija mia!... ¡Cielos! ¡Mi hija le amaba!... ¡Gertrudis! ¡socorro... socorro! Mi hija... (*Gritando á la ventana.*) ¡Ah, miserable! ¡Ha matado á mi hija! (*Cae de rodillas delante de Marta desmayada.*) ¡Ah, Dios bueno! ¡Dios justo! ¡Dios vengador!... (*Sale Gertrudis.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PRIMER CUADRO.

En el palacio Falconieri.—Un gabinete de artista rico y á media luz. Puerta á la derecha que comunica con el aposento de Leonora; ventana á la izquierda que da al balcon; puerta en el foro.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, *luego* CARNIOLI. *Maria sale por el foro con una bujia en la mano y se dispone á tomar en una consola un jarron antiguo. Un hombre empuja por dentro la ventana entreabierta.*

MARIA. (*Dando un grito.*) ¡Ladrones! ¡ladrones!

CARN. ¡Silencio, Maria, soy yo!

MARIA. ¡Por el balcon!

CARN. (*Sacudiéndose con el pañuelo.*) No habia otro camino. Parece ser que tu señora me cierra la puerta; precaucion inútil para un hombre como yo, que ha corrido tantas aventuras... Maria, óyeme, y responde; pero antes toma estas cuantas onzas españolas que traigo para tí; es un recuerdo de mi viaje á España, donde he per-

manecído ocho meses. ¿Te ries?... señal de que te gustan las monedas extranjeras... ¿Y qué tal te va?

MARIA. Muy bien, la casa es buena... pero, sin embargo, os confesaré que deseo otra cosa...

CARN. ¿Qué cosa?

MARIA. Ser aya de niñas en alguna familia inglesa... ¿Si quisierais emplear vuestra influencia?..

CARN. ¿Y qué fines te propones?

MARIA. (*Con conviccion.*) Casarme con el hijo de la casa.

CARN. Me gustan tanto los ingleses que haré todo lo posible por complacerte. (*Levantándose.*) Pero vengamos á mis suntos... Ya sabrás que me intereso muchísimo por el jóven y célebre maestro que de ocho meses acá es el encanto y el juguete de tu hermosa señora.

MARIA. Es un jóven muy bueno.

CARN. No lo niego; pero ese señorito, que me lo debe todo, no me ha escrito una sola vez... Poco me importaria su descuido si pudiera atribuirle á sus ocupaciones artísticas; pero segun parece no hace nada: ¿y por qué? ¿qué pasa aqui?... ¿Cuál es su situacion? Y ante todo ¿qué hacen los dos en este instante?

MARIA. Estan comiendo.

CARN. ¿Es este el gabinete del compositor?... ¿Qué has venido á hacer á él?

MARIA. A buscar ese jarron que estará mejor colocado, segun me ha dicho su alteza, en el nicho de la escalera principal; lo mismo sucedió ayer con un velador que la señora ha querido poner en su sala de verano; y anteayer descolgué una pintura...

CARN. ¿Es una mudanza completa?

MARIA. No lo sé.

CARN. Mientes, Maria, segun tu mala costumbre. Todo esto es el fin de la historia, ya lo sabes tú. Tu señora destruye hoy el edificio que ayer elevaban sus manos amorosas. ¿Y qué dice de todo esto el compositor?

MARIA. Ni siquiera lo ha notado; otras cosas tiene en su cabeza.

CARN. ¡Bravo!... Eso es distinto. ¿Es decir que trabaja?

MARIA. Fuma que es un portento, y pasa los dias enteros tendido á la bartola y mirando al cielo.

CARN. ¡Perezoso!... ¡Ya me lo figuraba yo!.. se duerme en las delicias de Cápua!... ¿Engorda?

MARIA. No, señor, no.

CARN. ¿No engorda?... ¡Malo!... ¿Y cómo tu señora no le hace trabajar? En otro tiempo era aficionada á la música.

MARIA. *(Con intencion.)* Y sigue siéndolo... y canta casi diariamente con un tal Paolo Maria; un tenor de hermosa figura que acaba de estrenarse en San Carlos.

CARN. Comprendo; corre el viento por los tenores... ¿Conque dices que ama á Paolo?

MARIA. No lo sé, porque á deciros verdad, monseñor, la duquesa Leonora es un misterio.

CARN. ¿Y el maestro les acompaña al piano?... ¡Animal! los celos son muchas veces un manantial de inspiracion buena para trabajar... teniendo celos... (*Hojea los cuadernos de música.*) Veamos... si, si... Nada... ¡ni una nota en ocho meses!... ¡miserable!

MARIA. Monseñor, de esos ocho meses hay que quitar cuatro lo menos que pasó en restablecerse de su estocada.

CARN. (*Bajando con presteza.*) ¿De su estocada? ¿Quién le ha herido? Juro beber la sangre del que le ha herido; dime su nombre.

MARIA. ¿Conque no habeis sabido?....

CARN. No he sabido nada... ¡su nombre!... ¡su nombre!...

MARIA. El marqués de Sora.

CARN. Ya puede encomendarse á Dios... es hombre muerto... Cuéntame todo lo que pasó... ¿qué motivó ese desafio?...

MARIA. La instalacion del señor Roswein en casa de su alteza, causó gran sorpresa en Nápoles, y no pocos envidiosos, aprovechando la ocasion... El marqués de Sora se distinguió de todos por sus agudezas maliciosas y bien injustas, porque el maestro no consintió en vivir en el palacio... ¿os vais á reir?...

CARN. (*Riendo encolerizado.*) Lo adivino; sino pagando el hospedaje, ¿no es verdad?... Le reconozco en ese rasgo: tambien á mí quiso pagarme en cuanto pudo reunir tres escudos... ¡imbécil!... (*Cambiando de tono.*) ¡Pobre Andrés! Prosigue: la verdad debió saberse en Nápoles, ¿y el maestro no tuvo el valor de despreciar todas esas calumnias?

MARIA. Lo hubiera hecho; pero la señora...

CARN. Acaba, pues...

MARIA. La señora le aconsejó que no se batiera... pero lo hizo

de un modo... Si fuerais un militar, le decia, enhorabuena; pero sois un poeta... no teneis una necesidad absoluta de batiros, no hagais caso.

CARN. ¡Lengua viperina!

MARIA. No bien dijo esto, como era natural, Roswein se echó á la calle, y al cabo de una hora nos le trajeron con una herida en el pecho...

CARN. Pero se encuentra ya restablecido, ¿no es verdad?

MARIA. Come y bebe como todo el mundo.

CARN. ¡Entonces, si come y bebe puede trabajar, qué diantre!... Lo que yo he dicho... La felicidad excesiva es una calamidad para él.

MARIA. Se me figura, monseñor, que no es muy feliz.

CARN. ¡Cómo!...

MARIA. Su cara se parece á la cara de un hombre que se muere.

CARN. ¿Y de qué mal?

MARIA. Está enamorado perdido de mi señora.

CARN. ¡Tonta!... Si fuera desgraciado trabajaria... Yo en este punto tengo mi opinion... ¿Conque piensas que se muere de amor?... Las mujeres son el diablo; se imaginan que la vida de un hombre está suspendida siempre de sus caprichos... No te compadezcas de los que se mueren de ese mal... Yo me he muerto ya diez veces de amor. . y disfruto de una salud envidiable.

MARIA. Pues el jóven no es de la misma pasta; necesitaria una vida tranquila para ser dichoso.

CARN. ¡Vida tranquila un artista!... No sabes lo que te dices; calla.

MARIA. (*Escuchando.*) Aqui vienen.

CARN. (*Se oye reir fuera.*) Es su voz... ¡Eh! pues si se está muriendo, se morirá, por lo que oigo, alegremente.

MARIA. No es él quien se rie, es el vino de Marsala; no durará mucho la alegria.

CARN. (*Retirándose al balcon.*) ¡Chiton!... ¿entiendes? (*Maria váse por la derecha.*)

ESCENA II.

LEONORA, ROSWEIN, *precedidos de un lacayo con un candelero, que deja en la chimenea á la derecha y luego se retira.*

LEON. (*Riendo.*) ¡Dios mio! ¡Carnioli vestido de romano!... No lo puedo creer; el lance no es verosimil. Carnioli no ha sido nunca un hazme reir.

ROS. En materia de galanteos puedo aseguraros que es un hombre crédulo... Yo conocia su flaco... Ademas, os diré en disculpa mia, que en aquel tiempo me trataba con mucha dureza, lo cual me precipitó en llevar á cabo esa especie de venganza.

LEON. Fumad si quereis... (*Roswein hace una señal negativa.*) ¡Carnioli convertido en dios del Olimpo!... ¿Y fué la cita en las ruinas de Pompeya?

ROS. Si, en la casa del músico, á las doce de la noche.

LEON. (*Sentándose en un sofá á la derecha*) ¿Y en nombre de quién se le dió aquella cita mitológica?

ROS. En nombre de una inglesa muy rara, que se hallaba entonces en Nápoles... miss Kolt...

LEON. ¿Aquella ilustre milady tan dada á las costumbres y los trajes antiguos?

ROS. La misma... de manera que la condicion del traje le pareció muy verosimil al buen Carnioli.

LEON. ¿Y acudió á la cita?

ROS. Se lo podeis aun preguntar al inválido, que le vió paseándose hasta rayar el alba, tiritando de frio y murmurando entre dientes no sé qué exclamaciones contra sus coturnos de color de púrpura y su túnica azul celeste, sembrada de estrellas de oro.

LEON. ¡Pobre Carnioli!

ROS. Si hubiera sospechado que era yo el autor de todo aquello... me mata. Me rio ahora del lance; pero os confieso que en el fondo de mi alma es uno de los remordimientos de mi vida.

LEON. ¡Qué simpleza!... nada interesa menos en el mundo que un fátuo haciendo el oso... Y á propósito, ¿habeis recibido noticias suyas?

ROS. (*Pensativo.*) No... como no le he respondido á ninguna de sus cartas, sin duda se ha cansado de escribirme...

¡Soy un ingrato! ¡Hace mucho tiempo que lo conozco!

LEON. ¡Jesus! ya empieza el capítulo de las lamentaciones... ¡Dios nos asista!

ROS. (*Sentándose á su lado con una alegria forzada.*) No, no, tranquilizaos... Sé que no debo quejarme en vuestra presencia. (*La mira.*) ¡Qué hermosa estais esta noche, Leonora!

LEON. Como siempre.

ROS. ¡Qué engalanada estais!

LEON. (*Con gracia.*) Casualidad ó coqueteria, como gusteis.

ROS. ¿No salis esta noche?

LEON. No, amigo mio.

ROS. Os lo agradezco... Son tan raras para mí estas ocasiones...

LEON. La reconvencion es inmerecida: ¿no me habeis pedido vos mismo que me presente de vez en cuando en la sociedad, puesto que todavia se digna recibirme?

ROS. ¡Oh! no hay reconvencion ninguna; pero se me figura que nos hallamos ya muy lejos de aquel tiempo en que no conociais otro placer en el mundo que la soledad conmigo, ni otro goce que el de ser la primera en recoger sobre vuestros labios la cancion recien escrita... Repito vuestras palabras, Leonora.

LEOO. (*Levantándose.*) Amigo mio, componed canciones y las recogeré; pero si nada haceis, ¿qué quereis que yo recoja?

ROS. Lo cierto es que mi presencia os fastidia.

LEON. ¡Qué idea! ¿Por qué?

ROS. Porque os amo demasiado. (*Se levanta.*) Nunca llegareis á saber, Leonora, toda la ternura, toda la pasion que encierra mi pobre corazon martirizado... Pero no: mas tarde lo sabreis.

LEON. Lo estaba temiendo: hétenos ya de lleno en el capítulo de las lamentaciones.

ROS. (*Alegria febril.*) Perdonadme, hago mal, lo sé... tanto mas, cuanto que esta noche me siento inspirado... voy á trabajar... Pero poneos ahi, donde yo os vea... ¿quereis darme ese gusto?

LEON. Si por cierto. (*Se sienta á la izquierda.*)

ROS. Y ya que os dignais hacerme compañia, juro acabar el acto de mi ópera nueva esta misma noche.

LEON. Pero creo haberos dicho, amigo mio, que tenia que salir.

ROS. No, Leonora: acabais de decirme lo contrario.

LEON. ¿De veras? ¡Qué distraccion!... Tengo un compromiso muy serio para esta noche y no puedo faltar á él.

ROS. ¡Ah!

LEON. ¿Qué decis?... ¿Hablais conmigo, amigo mio?

ROS. Me matais poco á poco, Leonora; pero mi muerte es tan segura como si me clavarais un puñal en el corazon.

LEON. Sois el hombre mas insoportable que he conocido en mi vida... Solo porque pronuncio inadvertidamente un no en lugar de un si, ó porque doy un paso á la derecha en vez de darle á la izquierda, me hablais de puñal y de asesinato... Francamente, llevais demasiado lejos la sensibilidad poética. (*Se levanta.*) Ea, buenas noches; trabajad mucho. (*Se dirige hácia el fondo.*)

ROS. ¡Y adónde vais?

LEON. Acompañadme si quereis.

ROS. Os he dicho tantas veces que no me gustan las reuniones... Ademas tengo que trabajar... me han pagado mi ópera por adelantado y quiero quitarme ese peso de encima. ¿Dónde vais?

LEON. Al concierto de Paolo Maria...

ROS. ¿Y despues?

LEON. Nada mas: no quiero faltar, porque se lo he prometido...

ROS. ¿Y es ese un compromiso tan sagrado? Leonora, lo que me habeis dicho es un ultraje que me habeis hecho.

LEON. Pues bien, no iré. (*Se sienta.*) Calmaos. Podeis principiar vuestro trabajo: os escucho... ¿En dónde estais? (*Se sienta á la izquierda.*)

ROS. (*Tomando un papel de música que está sobre el piano, en el fondo, á la derecha.*) En la misma escena.

LEON. ¡Ah! El Tasso á la Princesa... Muy bien; ¿y qué es lo que la dice ese pobre mozo?

ROS. He tropezado con una melodia que me gusta: ¿quereis oirla?

LEON. ¿Por qué no?

ROS. (*Canta en pie y sin acompañamiento: al cabo de algunas notas se interrumpe. Aparte, pegándose en el pecho.*) ¡Ah! ¿qué es lo que tengo aqui? (*Sigue cantando.*) ¿Qué os parece?

LEON. No me gusta.

ROS. Estais de mal humor.

LEON. Me preguntais mi opinion y os la doy: para agradaros, por lo que veo, es preciso lisonjear vuestro amor propio.

ROS. No; pero seria conveniente no apagar tan de pronto la centella que brota de la inspiracion.

LEON. Pues si esa melodia os parece tan bonita, conservadla.

ROS. No vale la pena, teneis razon. (*Arroja el papel de música y cierra el piano con violencia.*)

LEON. ¿Renunciais al trabajo? Haceis bien, no estais en vena esta noche.

ROS. (*Amargamente.*) Ni esta noche ni nunca; mi talento ha muerto: todas las fibras de mi corazon estan secas como si las hubiera quemado el fuego. La noticia que me dais no es nueva para mí... bastante me la he repetido en mis insomnios. ¡Dios mio! ¡tal cambio en un tiempo tan breve! Ayer la juventud, la poesia, la esperanza, todos los dones del cielo... hoy el silencio, el frio de la tumba... esa es vuestra obra, Leonora.

LEON. ¿Mi obra... decis?

ROS. Habeis gastado sin tregua, sin piedad, en luchas estériles, en miserables agitaciones, en dolores mezquinos todas las fuerzas de mi espíritu... Decidme, Leonora, ¿cuál es vuestro propósito?... ¿qué apuesta bárbara habeis hecho?... ¿á quién habeis jurado atormentarme asi, hasta acabar conmigo? Regocijaos, vuestra mision está cumplida.

LEON. (*Friamente.*) ¡La felicidad del hogar doméstico!

ROS. Marchaos, pues, id al concierto, y podeis decir al jóven tenor que no venga mas á mendigar un papel á mi puerta... que mi cabeza está hoy tan pobre y tan vacia como la suya.

LEON. ¿Qué quiere decir esto? ¿Os habeis figurado?...

ROS. No se habla en Nápoles de otra cosa.

LEON. ¡Roswein!... Es verdad: le quiero con todo mi corazon.

ROS. Leonora, no tengo fuerzas para seguir sufriendo..... Amad á quien querais; pronunciad una sola palabra y me iré, ya que no teneis paciencia para esperar á que me saquen entre cuatro.

LEON. Roswein, me parece oportuno recordaros que no es prueba de valor ni de buen gusto el tomar ante las señoras esas actitudes de agonizante. ¿Qué nombre dan los doctores á vuestra enfermedad?

ROS. (*Arrojándole su pañuelo manchado de sangre.*) ¡Vedlo!

LEON. ¿Enfermo del pecho?.. dolencia de artista; casi todos los genios echan sangre por la boca.

ROS. ¡Infame! ¡infame! (*Prorumpe en sollozos y cae en el sofá á la derecha.*)

LEON. (*Levantándose y dando algunos pasos hácia él.*) ¡Da mucha pena el ver llorar á los hombres! Buenas noches. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA III.

ROSWEIN, CARNIOLI, *saliendo del balcon.*

CARN. ¡Andrés!

ROS. ¡Carnioli!... ¡aqui Carnioli!

CARN. (*Mirándole con emocion.*) ¡Qué cambiado estás, pobre amigo mio!... ¡Tu mano, dame tu mano y vente!

ROS. ¡Cómo! ¿A dónde quereis que me vaya?

CARN. Salgamos de aqui, no debes permanecer un minuto mas en este infierno.

ROS. ¿Y quién me ha traido á él, Carnioli?

CARN. (*Pegando con el pie en el suelo.*) ¡Yo he sido, yo! ¿Pero podia yo figurarme, por ventura, que existiera un hombre tan inocente como tú, ni un amante de tu temple?... Nunca hubiera creido que un hombre de tu talento, de tu imaginacion, de tu energia, se prestase á todo lo que he visto, dominado por la influencia de esa coqueta infernal.

ROS. ¡Ah! ¡Callaos!

CARN. ¡Oh, rabia! ¿Para qué te sirve este látigo? (*Toma un látigo olvidado sobre un sofá y da de latigazos á los muebles.*) Vámonos.

ROS. ¡No, no puedo marcharme, Carnioli! He cometido una traicion indigna por ese amor fatal; ¡bien lo sabeis! (*Movimiento de Carnioli.*) ¡Ah! ¡no me digais una palabra!... No sé lo que ha sido de ellos, ni quiero saberlo tampoco; pero si quiero padecer, quiero morir en el amor que fué mi crimen... La expiacion es la única virtud que me queda... ¡dejádmela!

CARN. Dime la verdad, ¿amas á esa mujer, que al mismo tiempo que te mata se rie de tí?

ROS. Si, la amo; la amo con toda mi alma.

CARN. ¿Y no has comprendido, Andrés, que estás de más en casa de una mujer que ya no te ama? ¿No sabes que un nuevo capricho?...

ROS. Eso cuentan; yo no lo creo; no es verdad: no la conoceis... es un alma borrascosa, pero leal; decidme que es capaz de un crimen, pero no de una accion degradante.

CARN. Es capaz de todo, amigo mio, como toda mujer en el mundo que no reconoce otro principio que la pasion. ¿Has visto que entre, ni por casualidad, en una iglesia? No: pues bien; desconfia de las mujeres que no ponen los pies en el templo; esas mujeres son especie de planta venenosa que emponzoñan la tierra en que se siembra. En rigor, el corazon humano puede ser bastante fuerte contra los embates de un hombre... ¡Contra las arterías y astucias de una mujer no hay fuerte mas que Dios!... ¿Quieres saber la historia de esa Dalila moderna?... ¿Quieres saber su historia? Ha tenido amantes, los tiene y los tendrá mientras pueda... Toda mujer que no es de Dios es del diablo.

ROS. Os repito que no la conoceis... y basta de calumnias. (*Se sienta á la izquierda.*)

CARN. Has de oir la verdad, mal que te pese; despues de haberte encadenado á su voluntad, á lo hábil cortesana, ha querido grangearse tu estimacion, y para ello se ha cubierto con un manto de inocencia y derramado á tus pies lágrimas virginales; ave de rapiña que exhaló hipócrita y fascinadora suspiros de paloma...

ROS. (*Levàndose.*) ¡Basta, Carnioli, basta!

CARN. Y cuando ella te vió convencido de que tú eras su primer amante y que seria el último, fué á burlarse en los brazos de un nuevo galan de tu necia credulidad.

ROS. ¡Mentis!

CARN. Si no crees en eso, tendrás que creerme á mí, á mí, que lo he sido suyo, y no de los primeros.

ROS. ¡Mientes!

ESCENA IV.

LOS MISMOS, LEONORA, *saliendo de la derecha y precipitándose en la escena.*

LEON. (*Tomando la mano de Roswein.*) ¡Gracias, Andrés, gracias!... Caballero Carnioli, nada tengo que deciros; salid de mi casa. (*Le hace ademan de que salga: Roswein repite enérgicamente el ademan de Leonora.*)

CARN. Acabo de descubrir un secreto que un hombre de honor no debe nunca revelar; pero la casualidad os arroja en mi camino y no consentiré, aunque á costa de mi honra, que consumeis un asesinato... Leonora, no prolongueis las angustias de este infeliz y confirmad lo que he dicho.

LEON. Sois un calumniador.

CARN. Señora... Ved que tengo pruebas.

LEON. ¿No recordais, Andrés, que monseñor Carnioli os ha dicho que no sabiais manejar ese látigo? Pues dádmelo á mí.

CARN. (*Tomando por el brazo á Roswein*) ¡Andrés, amigo mio! Esa serpiente quiere que nos matemos los dos; es su postrer recurso... Espérame diez minutos aqui, te traeré las pruebas... (*A Leonora.*) ¡Nos veremos! (*Sale por el fondo.*)

ESCENA V.

LEONORA, ROSWEIN. *En cuanto ha salido Carnioli, Leonora cae de rodillas sollozando.*

ROS. ¿A qué vienen esas lágrimas, si yo no he creido nada de lo que ha dicho?

LEON. Sin embargo, os ha dicho la verdad.

ROS. (*Cogiéndola el brazo con violencia.*) ¡Dios poderoso!... (*Soltando el brazo de Leonora.*) ¡Dios justo!... (*Da algunos pasos por el cuarto y vuelve hácia Leonora.*) ¿Por qué me habeis engañado?... ¿por qué?... ¿No os lo habria perdonado todo?

LEON. ¿Y me habriais amado si no con esa ternura, de que era tan indigna, pero que me hacia tan dichosa?

ROS. (*Incrédulo.*) ¡Ah!

LEON. (*Siempre de rodillas.*) ¡Cuántas veces estuvo para salir de mi corazon oprimido la confesion de mi infamia!... El recuerdo de esos tiempos de escándalo y libertinaje lo envenenaba todo, mi vida, mis palabras... Ese recuerdo constante, clavado en mi corazon, era la fuente amarga de esos caprichos malvados conque os atormentaba... Si, si, cuántas veces he querido deciros: «No toqueis mi mano, no toqueis mi frente...» y luego no tenia valor... no podia... (*Llora.*) Y era porque os amaba... porque os amo. Ahora me creereis, ¿no es verdad que me creeis?

ROS. No.

LEON. ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia! Pero tened entendido que no todo lo que dice Carnioli es verdad... He sido su amante, no lo niego, y basta para vergüenza eterna de mi vida... pero todo lo demas es falso.

ROS. No os creo... levantaos... (*La levanta violentamente al pasar junto á ella.*)

LEON. (*Suplicante.*) ¡Andrés!... ¡Andrés!... ¿Por qué me tratais con tanta dureza?.. Aun cuando fuera, como él ha dicho, una cortesana... la última de las mujeres tiene momentos de sinceridad y de virtud... y fácil es conocer que me encuentro ahora en uno de esos instantes... Si: yo os lo juro; no hay mas que una falta en mi vida... Carnioli.

ROS. ¿Qué mas quereis? Habeis amado á Carnioli...

LEON. No, no, Andrés, yo no he amado á ese Carnioli que conoceis, á ese hombre de corazon corrompido... de alma fria... á ese libertino... No, jamás... Amé por breves instantes nada mas... á una sombra de nobleza, de grandeza entusiasta, de ternura exaltada... Triste... sola en el mundo... ¡tenia tanta necesidad de amar!... Pero oculté celosa á su contacto, á su insolente ironia, los verdaderos sentimientos de mi corazon... mis sueños de juventud, de amor, de virtud... mi alma, en fin, mi alma, que él no llegó á conocer, porque ha nacido al influjo de vuestra mirada... que os sobrevivirá... para vengaros. (*Yendo á él de repente.*) ¡Partid!... que no os encuentre aqui cuando vuelva!... ¡que no tenga yo que sonrojarme delante de ese miserable!... ¡partid!... es mi último ruego. (*Le toma la mano que besa inclinán-*

dose.) Andrés, no os diré que os amaba, si no lo creeis, pero sí os estimaba... erais para mí todo en esta vida... todo lo que es bueno y virtuoso, todo lo que me consolaba de mí misma... y ya todo se acabará para mí desde el instante mismo en que para mí se acabe la mirada de vuestros ojos... ¡Andrés, Andrés mio! (*Se prosterna a sus pies.*) ¡ Gracias, porque me habeis amado!

ROS. ¡Leonora!.. ¡Leonora! no se emplean tantas lágrimas para engañar á un infeliz tan confiado como yo... levántate, Leonora, yo te amo.

LEON. (*De rodillas mirándole con angustia.*) No me engañes, Andrés.

ROS. No; yo te amo... Te amo... (*La levanta y la estrecha en sus brazos.*)

LEON. (*Mirándole con pasion.*) Eres un ángel... ¿pero qué soy yo, Dios mio, qué soy yo?

ROS. (*Haciéndola sentar, y sentándose junto á ella á la izquierda.*) Olvídalo todo como yo lo olvido... No llores... quieres salir de Nápoles? ¿A qué rincon del mundo quieres que te lleve?

LEON. ¡Andrés!

ROS. Ya podrás ser dichosa... ya no hay entre nosotros ni mentira, ni segunda intencion... ¿serás dichosa, no es cierto? ¿me lo prometes?.. yo bendeciré amenudo este dia de lágrimas amargas... (*Levantándose.*) No quiero que ese hombre vuelva á entrar aqui, voy á prevenírselo... Leonora, retírate á descansar... si entra en este momento no respondo de mí... hasta mañana.

LEON. (*Mirándole.*) ¡Andrés!

ROS. Mañana al despuntar el dia, iremos como en otro tiempo, como en la primavera de nuestro amor, á recoger flores para tu cabeza... ¿Me crees, Leonora?

LEON. Os creo... (*Le besa las manos.*) ¡Te adoro!.. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA VI.

ROSWEIN *solo.*

Si, ese es el acento de la verdad, ó la misma luz del dia no es mas que mentira y tinieblas... ¿Qué dirá Carnioli?.. (*Carnioli se presenta en el foro.*) ¡Aqui está ya!..

ESCENA VII.

ROSWEIN, CARNIOLI.

CARN. Si, aqui estoy ya.

ROS. Es inútil vuestra venida; me lo ha confesado todo.

CARN. Me lo figuré... entonces, vámonos.

ROS. No.

CARN. ¿No?.. Pues amigo mio, siento decírtelo, pero tu proceder no tiene calificacion honrada en ninguna lengua del mundo: sois un miserable.

ROS. Está bien, pero no lo repitais, creedme... Habeis sido mi bienhechor, Carnioli, y me he acordado de ello en este momento; si no mi mano hubiera ahogado en vuestros labios!..

CARN. (*Friamente, despues de una pausa.*) Amigo mio, tú serás causa de que concluya yo mis dias en un convento... ¡Ah! ¡Mujer maldita!.. ¿Cómo he podido olvidar que en todo tiempo bastó uno de esos frágiles escollos para quebrantar toda la fuerza humana? Un niño lo sabe... Onfale, Circe, Dalila, esos nombres de magas que brillan como faros en la tradicion del mundo, no me dieron á mí ninguna luz... pero no triunfará... sabré arrancarte de su poderio... A Dios gracias, con dos palabras que te diga me seguirás.

ROS. (*Sentándose.*) Nunca.

CARN. Me seguirás, si te queda un resto de honradez en el pecho... Fué mi intencion prepararte para este golpe, pero no es tiempo ya... óyeme: los he visto á los dos... hace tres dias. (*Movimiento contenido de Roswein, que escucha como á pesar suyo.*) Hace tres dias me encontraba yo en Sicilia... en las cercanias de una de mis casas de campo situada entre Palermo y Monreale, en medio de un valle abrigado contra los vientos de la mar, y al que van las personas delicadas á recobrar su salud...

ROS. (*Levantándose.*) ¡Carnioli!

CARN. Alli me paseaba al caer la tarde, triste, sin saber por qué, cuando de repente al acercarme á una especie de cabaña escondida entre los árboles, oigo unos sonidos... y reconozco el arco, reconozco la mano... ¡Ay, qué dolor el mio! Quise huir, pero no sé qué sentimiento me

arrastró contra mi voluntad hasta el fondo de aquel abismo de amargura.

ROS. ¿Carnioli?

CARN. La puerta estaba abierta... entré sin hacer ruido, y vi... perdona: yo lloro tambien y no me avergüenzo de estas lágrimas... Eran tres personas... una de ellas desconocida para mí; pero conocí desde luego que era un médico... en cuanto á las otras dos, la de mas edad, era un anciano, me costó mucho trabajo reconocerle; la de menos años... era una mujer... su palidez, su actitud, sus ojos me revelaron que el médico estaba allí por ella... Yo llegué justamente en el instante en que el anciano dejaba su arco, y la jóven, al parecer, se dormia... pero sus labios entreabiertos murmuraron tu nombre.

ROS. Proseguid.

CARN. La infeliz deliraba; repetia tus palabras de amor; y suplicaba á su padre y suplicaba á Dios que te perdonase.

ROS. ¡Marta!.. ¡Marta!..

CARN. Durante ese tiempo... ¡ah! no me olvidaré jamás de tal escena... durante ese tiempo, los dedos del anciano recorrian maquinalmente las cuerdas de su violin arrancando de ellas ayes agudos que penetraban en mi alma... «Padre mio, dijo ella sonriéndole, quiero oir el canto del Calvario...» «No, no, respondió el anciano procurando sonreirse, lo oirás en la doche de tus bodas...» La jóven le clavó los ojos sin responder... y el anciano, apartando sus canas sobre su frente pálida, tomó el arco... y de repente hirieron el viento (*Con viva emocion.*) los primeros acordes del canto del Calvario... Mientras tocaba, gruesas lágrimas caian una á una sobre sus manos trémulas; ¿lo oyes, Andrés? El pobre viejo lloraba, yo lloraba, y la madera, el cobre lloraban tambien... Solo ella no lloraba.

ROS. ¡Señor!.. ¡Misericordia!.. (*Inclina su cabeza sobre el hombro de Carnioli.*)

CANR. Terminado el canto, me fuí acompañando al médico... le pregunté, y su respuesta me quitó toda esperanza... «¿Y si la devolvieran el hombre á quien ama?» repliqué. ¡Entonces, me respondió, quizá!

ROS. ¡Ah! marchemos pronto, Carnioli.

CARN. Vamos, pues; si, si... te acompañaré.

ROS. Si, dentro de dos minutos... (*Levanta la colgadura del*

cuarto de Leonora.)

CARN. ¿Pero adónde vas?

ROS. (*Con fuerza.*) No temais nada, Carnioli; os juro que voy á seguiros... pero no puedo salir de aqui como un bandido que se escapa; no, se lo voy á decir todo y me comprenderá: esperadme.

CARN. ¡Andrés!..

ROS. Nada temais. (*En el momento en que va á entrar, Maria sale y le cierra el paso.*)

ESCENA VIII.

ROSWEIN, CARNIOLI, MARIA.

ROS. Voy al cuarto de tu señora.

MARIA. No se entra... está durmiendo.

ROS. ¿Durmiendo?... Imposible.

MARIA. Está indispuesta, y me ha encargado que no se la incomode bajo ningun pretexto.

ROS. Déjame pasar.

MARIA. Pero, señor...

CARN. (*Con fuerza.*) Apuesto la cabeza á que ha salido.

ROS. (*Empujando violentamente á la criada.*) Aparta. (*Permanece un momento fuera de la escena.*)

CARN. ¿Ha salido?

MARIA. (*Bajando la escena, y llegando á la derecha.*) No lo sé.

ROS. (*Saliendo con una carta en la mano. Con risa forzada.*) Teniais razon, Carnioli, teniais razon.

CARN. ¿Y de qué te ries?... Cálmate, amigo mio.

ROS. Me rio, porque es un lance gracioso á fuerza de ser infame... Ya la habeis visto... ahi... de rodillas... cubriendo mis manos de caricias y de lágrimas... ¡Ah!... sabe hacer comedias... y sobre todo escribir cartas... he aqui su obra maestra, amigo mio. (*A Maria que quiere retirarse, con voz terrible.*) Quédate aqui... Oidme... (*Lee la carta.*) «Mi querido maestro: yo dejo cuando es mi voluntad, pero no quiero que me dejen á mí.»

CARN. ¡Ah! la reconozco.

ROS. Y yo tambien... (*Yendo de repente á Maria la toma por el brazo, y la dice con voz sorda.*) Óyeme y responde una vez en tu vida la verdad... ¿Se ha marchado con Paolo Maria, el tenor?

CARN. Responde pues.

MARIA. Si.

ROS. ¿A dónde van?... ¿Qué camino han tomado?

MARIA. El de Gaeta.

ROS. Está bien... Carnioli, teneis abajo caballos, ¿no es verdad? Pues bien; vamos, que antes de que ellos lleguen, estaremos nosotros en las Termas de Neron... por allí tienen que pasar, los esperaremos... (*Toma unas pistolas. A Maria.*) ¿A Gaeta has dicho?... (*La arroja el bolsillo.*)

CARN. ¿Qué vas á hacer con esas armas?

ROS. Ya lo vereis.

CARN. ¿Y Marta?... ¿te has olvidado de Marta?

ROS. No, no me he olvidado de ella... iremos á buscarla tambien... (*Vacila como preso de un vértigo, pegándose en el pecho.*) ¡Corazon, llega hasta lo último!

CARN. ¿A dónde quieres ir, desgraciado, si no puedes tenerte en pié?

ROS. (*Con una energia febril.*) Estais loco, Carnioli; en mi vida me he sentido con mejor salud... Vamos. (*Se aleja.*)

CARN. Vamos, pues. (*Váse detrás de Andrés.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Son las doce de la noche. Un camino escarpado á la orilla del mar. Monton de ruinas romanas á la derecha; grupo de rocas y algunos árboles. En el fondo la mar.

ESCENA PRIMERA.

ROSWEIN, CARNIOLI.

ROS. (*Dentro.*) Beppo, llévate los caballos, y aguárdanos en esa casa donde hemos visto luz... á poca distancia de este sitio. (*Sale por la derecha.*) Aqui esperaremos, pues por aqui deben pasar forzosamente.

CARN. Andrés, amigo mio, acabemos... la cabeza se me arde... ten piedad de mí, ten piedad de tí mismo... no permanezcamos por mas tiempo en este lugar siniestro... presentimientos terribles... Alejémonos.

ROS. Puedes marcharte si quieres.

CARN. ¡Ah! piensa en la Sicilia, Andrés... piensa en el canto del Calvario.

ROS. El canto del Calvario; ahora seria oportuuo.

CARN. Si esperaremos inútilmente; hace mas de una hora que han salido, y han debido pasar hace tiempo.

ROS. Sé lo que se tarda.

CARN. (*Yendo hácia el foro.*) Pero ahora que me acuerdo, habrán preferido el mar, es su costumbre cuando va á Gaeta, puedo asegurártelo.

ROS. La criada nos lo hubiera dicho... escuchad... oigo ruido de caballos...

CARN. Son los mios, que se los lleva Beppo... Llamémosle y marchemos.

ROS. (*Subiendo sobre las ruinas.*) No veis allá á la mitad de la cuesta un punto negro. Es un coche... ¿no le veis?

CARN. ¿Qué quieres que vea? la oscuridad no permite... Estás loco...

ROS. Alli... veis ahora... Ellos son... ya llegan... (*Bajando.*) ¡Ah! ¡santos del cielo!.. ¡Justicia y venganza!

CARN. Andrés, dame tus armas, te serviré de padrino, pero no presenciaré el asesinato de una mujer...

ROS. ¡Una mujer! ¿Es una mujer esa criatura diabólica? Y ademas, ¿no lo merece?... quién hace lo que ella ha hecho, hollar á sus pies todo lo que es sagrado é inviolable... convertir la palabra, las lágrimas, la sonrisa en una mentira odiosa... hacer del alma del hombre un juguete... del nombre mismo del cielo una traicion cobarde!... y todo se arreglará diciendo: ¡Soy una mujer!... no, no, lo juro, no será asi... (*Un coche de color sombrio con un tiro de dos caballos negros, atraviesa el camino por el fondo.*) Ahi estan. (*Se precipita.*) ¡Detente... ó eres muerto!

CARN. (*Queriendo contenerle.*) Andrés, Andrés... este coche no es el suyo.

ROS. Veámoslo. (*Abre con violencia la portezuela del coche, y retrocede lanzando un grito terrible; Carnioli le contiene con la mano.*) ¡¡¡Ah!!! (*Cae á la derecha.*)

ESCENA ULTIMA

LOS MISMOS, SERTORIO.

SERT. (*Pálido, desfigurado, siniestro, mostrándose fuera del coche en pie sobre el estribo.*) ¿Qué hay?... ¿qué me quereis?... Aqui está encerrado el cadáver de mi hija; yo, su padre, me la llevo á Alemania para que la entierren en el mismo sepulcro de su madre: fué este su último deseo. Mi hija única... ¿qué quereis de mí?

CARN. (*Turbado.*) ¡Ah!... nada receleis...

SERT. No recelo nada; no tengo miedo á nada; ¿qué puedo temer ya?.. ¡Mi hija está muerta!..

CARN. Seguid vuestro camino en paz. (*Hace señal al postillon de que se aleje.*)

SERT. Gracias, señores, me la llevo á Alemania, á enterrarla

en el mismo sepulcro de su madre; fué su último deseo.

CARN. Si, si, idos en paz... ¡Dios os proteja!... (*Cierra la portezuela, el coche desaparece en las tinieblas.*) Andrés... ¿dónde estas?... ¿Padeces mucho, amigo mio?

ROS. (*Con voz apagada.*) No lo bastante aun...

CARN. ¡Estás yerto!.. Dame tu brazo... tu pulso... ¡Dios mio!.. (*De repente dos voces se elevan en la mar, cantando el canto de Boabdil; se reconoce la voz de Leonora. Una barca con luces de colores aparece á lo lejos.*)

ROS. ¡Escuchad!... ¡Escuchad! (*Pone el pie en una roca señalando la barca, y como en delirio trata de repetir una frase del canto; luego su voz se apaga y cae en los brazos de Carnioli.*)

CARN. (*Fuera de sí, alzándose sobre la roca y gritando hácia la mar.*) Silencio, ¡infame!... ¡Andrés se muere!... (*Los cantos continúan debilitándose; Carnioli sostiene en vano á Andrés, que cae en medio del camino.*) ¡Ah!¡pobre amigo mio!... Habla... ¿no me oyes? Ha muerto... (*Cae de rodillas, y llora.*) Señor... ¡juzgadle con misericordia!

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA.

Puede concederse licencia para su representacion.
Madrid 17 de octubre de 1857.
PABLO YAÑEZ.

De conformidad con el dictamen del Censor y Real órden de 18 del actual, se aprueba el drama en tres actos titulado «Dalila.»
Madrid 20 de octubre de 1857.
M. BERMUDEZ DE CASTRO.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.....	Perez.
Alcoy.....	V. de Martí é hijos
Algeciras.....	Almenara.
Alicante.....	Ibarra.
Almeria.....	Alvarez.
Aranjuez.....	Prado.
Avila.....	Lopez y Hernz.
Badajoz.....	Orduña.
Barcelona.....	Mayol.
Bilbao.....	Astuy.
Burgos.....	Hervias.
Cáceres.....	Valiente.
Cádiz.....	V. de Moraleda.
Córdoba.....	Lozano.
Cuenca.....	Mariana.
Castellon.....	Crespo.
Ciudad-Real....	Arellano.
Coruña.....	Garcia Alvarez.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.
Chiclana.....	Sanchez.
Ecija.....	Garcia.
Figueras.....	Conte Lacoste.
Gerona.....	Dorca.
Gijon.....	Crespo y Cruz.
Granada.....	Zamora.
Guadalajara....	Oñana.
Habana.....	Charlain y Fernz.
Haro.....	Quintana.
Huelva.....	Osorno é hijo.
Huesca.....	Guillen.
Jaen.....	Hidalgo.
Jerez.....	Alvarez Aranda.
Leon.....	Viuda de Miñon.
Lérida.....	Zara y Suarez.
Lugo.....	Viuda de Pujol y Hermano.
Lorca.....	Delgado.
Logroño.....	Verdejo.
Loja.....	Cano.
Málaga.....	Cañavatte.
Mataró.....	Abadal.
Murcia.....	Herederos de Andrion.
Motril.....	Ballesteros.
Mondoñedo.....	Delgado.
Orense.....	Robles.
Oviedo.....	Palacio.
Osuna.....	Montero.
Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Palma.....	Gelabert.
Pamplona.....	Los Rios y Barrena.
Pontevedra.....	Vera y Vila.
Puerto de Santa Maria.....	Valderrama.
Puerto-Rico....	Marquez.
Reus.....	Prins.
Ronda.....	Gutierrez.
Sanlúcar.....	Esper.
S. Fernando....	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.....	Ramirez.
Santander.....	Laparte.
Santiago.....	Escribano.
Soria.....	Perez Rioja.
Segovia.....	Alonso.
S. Sebastian...	Garralda.
Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Salamanca.....	Huebra.
Segorbe.....	Mengor.
Tarragona.....	Pujol.
Toro.....	Tejedor.
Toledo.....	Hernandez.
Teruel.....	Baquedano.
Tuy.....	Martinez de la Cruz.
Talavera.....	Castro (Schez.).
Valencia.....	Móles.
Valladolid.....	Hernainz.
Vitoria.....	Galindo.
Villanueva y Geltrú.....	Bertran y Creus.
Ubeda.....	Treviño.
Zamora.....	Calamita.
Zaragoza.....	V. Andrés.